

Serie los heterodoXos  
dirigida por  
Sergio Pitol  
Volumen 19

---

Edición, prólogo y traducción  
a cargo de Esther Seligson

E. M. Cioran

---

# CONTRA LA HISTORIA

Tusquets Editor

Títulos originales: «Silogismos de la amargura» extraídos de *Sylogismes de l'Amertune*, 1952; «Rusia y el virus de la libertad» de *Histoire et Utopie*, 1960; «El escéptico y el bárbaro», «los peligros de la sensatez» y «Caer del tiempo» de *La chute dans le temps*, 1964; y «Del inconveniente de haber nacido» de *L'inconvénient d'être né*, 1973. Títulos inéditos: «Saint-John Perse», «El fin de la historia», «Fluctuaciones» y «Contra la imagen».

1.ª edición; marzo. 1976

2.ª edición: julio 1980

© Éditions Gallimard

Diseño de la cubierta: Clotet-Tusquets

Reservados todos los derechos de esta edición

para Tusquets Editores. Barcelona, 1980

Tusquets Editores, S. A., Iradier 24. Barcelona - 17

ISBN 84 - 7223 - 570 - X

Depósito Legal: B. 20431 - 1980

Gráficas Diamante, Zamora 83. Barcelona - 18

Impreso en España - Printed in Spain

# Indice

## P. 7 *Prólogo*

23	Silogismos de la amargura
33	Rusia y el virus de la libertad
55	El escéptico y el bárbaro
75	Los peligros de la sensatez
95	Caer del tiempo
107	Del inconveniente de haber nacido.
117	Saint-John Perse
127	El fin de la historia
141	Fluctuaciones
151	Contra la imagen



## *Prólogo*

Necesidad de la palabra para poder callar, para poder alcanzar la voz del silencio, del silencio anterior al Verbo. Si el mundo fue creado merced a la combinación de las veintidós letras del alfabeto hebreo, el lenguaje fue, entonces, el lugar de encuentro entre Dios y el hombre. Y, al mismo tiempo, la palabra fue el primer acto de violencia, de seducción. El mundo perdió su inocencia con la penetración del Verbo. Así, no es de extrañar que el hombre haya nacido ya mancillado y culpable. En esas condiciones, tomar el fruto del árbol del conocimiento era una justa compensación. El primer gesto del hombre fue acusar a Dios. La respuesta no se hizo esperar, y Dios se asustó del lugar del encuentro. Desde ese momento, la palabra denuncia la ausencia de Dios, el vacío de su presencia. De ese vacío, donde en un principio se sintió abandonado, el hombre se adueñó y, engreído y libre, se dedicó a llenarlo, a construir en él torres de Babel: una serie de movimientos y de acciones que constituyeron, a la vez, su salvación provisional y su pérdida definitiva. La Historia es el producto del desamparo y la soberbia humanos.

Conocer es morder en el Tiempo; por ello es que, mientras más avanzamos en conocimiento, más nos alejamos de la pura anteriori-

dad, del *in illo tempore*, y mayor es el hundimiento de la conciencia en la certeza de su fundamental inutilidad. El Tiempo es el castigo a los afanes del hombre, la termita que roe todas sus empresas, el espejo que le devuelve el recuerdo de su verdadero rostro: el de interlocutor divino. El Tiempo es el Tentador: espejismo de una eternidad en la que el hombre se arraiga y pretende arraigar sus obras, ficciones que le dan la sensación de existir, de ser: «me muevo, luego existo», parece afirmar toda vez que el demonio de la actividad se infiltra en su sangre, «y si existo, he de seguir moviéndome». Moverse para olvidar, justamente, el diálogo interrumpido, para colmar el vacío de la faz que se ocultó. Ilusión y condena, el Tiempo es el destierro del hombre; y la Historia, el vano intento por cimentar ese exilio.

Desde el momento en que el hombre *cayó*, su existencia no ha sido más que un absurdo y desesperado peregrinar, salvo en la época en que reconoció su condición de «ser de un día», como llama Esquilo a los mortales, y asumió que su destino estaba inscrito en los astros, y que no había ninguna improvisación o azar en sus alegrías y desgracias. Sólo un griego pudo haber puesto en boca de Casandra, personificación de lo pasado y lo por venir, del tiempo que se detiene en el presente para develarse hacia atrás y hacia adelante: «... ¿qué puede hacer un tiempo más?... Basta de vida». Sólo la Antigüedad conoció la grandeza de superar lo inevitable aceptándolo por propia vo-

luntad. El cínico, el escéptico, el epicúreo, el estoico, encontraron una manera de afirmarse por encima del sino y de la muerte que desconoció el posterior sentimiento cristiano de culpa y pecado, y el anterior judaico de responsabilidad en la manutención del equilibrio cósmico. «Si las religiones nos han prohibido morir por nuestra propia mano, es porque veían en ello un ejemplo de insumisión que humillaba a los templos y a los dioses. Cierta concilio de Orléans consideraba el suicidio como un pecado más grave que el crimen, porque el asesino puede siempre arrepentirse, salvarse, mientras que quien se ha quitado la vida ha franqueado los límites de la salvación. Pero el acto de matarse ¿no parte de una fórmula radical de salvación? Y la nada, ¿no vale tanto como la eternidad? Sólo el existente no tiene necesidad de hacer la guerra al universo; es a sí mismo a quien envía el ultimátum. No aspira ya a *ser* para siempre, si en un acto incomparable ha sido *absolutamente* él mismo. Al menos, habrá alcanzado una plenitud de libertad inaccesible al que busca indefinidamente en el futuro...»<sup>1</sup>.

El suicidio es negar el diálogo, es rechazar el encuentro, anular el Tiempo, y, sobre todo, la tentación de la empresa, de la participación en la Historia. La posibilidad del suicidio nos sitúa en el milagro de la existencia en tanto ar-

1. *Breviario de Podredumbre*. Taurus Ediciones, E. A. Madrid, 1972. Traducción de Fernando Savater, p. 56-57.

tesanos de la misma. Es decir, que, sin ponerle condiciones ni exigirle un sentido, la vida podría vivirse demiúrgicamente; obedeciendo sólo a la necesidad fatal de un principio organizador. Vivir *en artista*. No obstante, a partir de su *caída*, el hombre ha tenido como única pretensión competir con los dioses y usurparlos, hacerse superior a ellos precipitando su Obra, el mundo, en los abismos del progreso y de la civilización, con el agravante de querer obtener, además, en recompensa, algo que no sea la muerte. Pero como el verdadero promotor de los deseos humanos es el Tentador, el enviado por Dios para que el hombre recuerde cuál es su origen y el origen de todos sus esfuerzos, la humanidad se debate en la obsesión de remedios que la salven de la angustia, del temor y de la futilidad que invariablemente exhalan todos sus afanes *aquí abajo*.

Inscritos en el Tiempo, «nacidos en una prisión, con fardos sobre nuestras espaldas y nuestros pensamientos»<sup>2</sup>, nos apegamos a las apariencias y elevamos sus reverberaciones al rango de Verdades que, después, pretendemos «penetrar» y «esclarecer» mediante la Filosofía o la Teología. Nada tan sencillo como disimular la anemia y la impotencia tras un sistema filosófico o un dogma religioso. «Una religión se instaura sobre las ruinas de una sabiduría: los manejos que emplea aquélla no

2. *Ibidem*, p. 55.

convienen a ésta. Siempre prefirieron los hombres desesperarse de rodillas que de pie. A la salvación aspiran su cobardía y su fatiga, su incapacidad de alzarse al desconsuelo y extraer de él razones de orgullo»<sup>3</sup>. El cristianismo vino a remover en el hombre su propensión a la esperanza y la autoconmiseración, a la violencia y al libertinaje (penitencia y desfreno, remordimiento y lujuria, son dos caras de la misma moneda), y su terror a la muerte. En el budismo, al menos, es la muerte, expresión positiva de la vacuidad, la que despierta a la creatura que buscará, entonces, reintegrarse a la Unidad primordial, a un tiempo anterior al de su nacimiento: Sin embargo, «creer que nos sería posible liberarnos del prejuicio de la agonía, nuestra más antigua evidencia, sería equivocarnos sobre nuestra capacidad de divagar. De hecho, tras el favor de algunos accesos, caemos de nuevo en el pánico y el asco, en la tentación de la tristeza o el cadáver, en ese déficit del ser, resultado del sentimiento negativo de la muerte»<sup>4</sup>. La Filosofía, por otra parte, también se ha visto contaminada por la idea de progreso, ha perdido su misión esencial: dudar, meditar, alcanzar el conocimiento de la Nada.

Contrariamente a la sabia aspiración antigua de vivir en acuerdo con la Naturaleza aceptando el orden de los acontecimientos, el

3. *La tentación de existir*. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1973. Traducción de Fernando Savater, p. 156.

4. *Ibidem*, p. 200.

hombre contemporáneo, cuyo apetito de poder sobrepasa apenas su capacidad de tedio, incapaz, pues, de disolverse en el absoluto, o en la Nada, o, en última instancia, de «perderse en Dios», se entrega sin ambages a la dislocación y a la anarquía —es decir a la Historia— por ver si puede *rehacer* su condición de esclavo de la Providencia, de exiliado metafísico. *Hacer* la Historia le da la sensación de libertad, y como «no se pide libertad, sino apariencia de libertad... ¿qué diferencia hay entre *ser* y *creerse* libre?»<sup>5</sup>. Fabricantes de catástrofes, aquellos que pretendieron haber cambiado el curso de los acontecimientos —redentores, reformadores, tiranos—, y los que en nuestros días creen aún que es posible maniobrar los sucesos, a la recapitulación, ya no despiertan, ni en el mismo Tentador, más que la violenta nostalgia del Caos, del verdadero y definitivo Apocalipsis: el fin de la Historia. De la misma manera la palabra, que en sus principios constituyera uno de los lazos de unión más íntimos con Dios, ha sido desvirtuada por aquellos que han querido suplantarlo al Verbo —filósofos, místicos, predicadores— y reasumir su primigenia labor divina. Vacías de su aliento, de su mágico poder, de su impulso vital, de su espíritu en suma, las palabras son el testimonio de nuestra decadencia, de la imposibilidad en que nos encontra-

5. *El Aciago Demiurgo*. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1974. Traducción de Fernando Savater, p. 127.

mos de pensar, de decir, de hablar, de preguntar, de responder, de *existir* en suma. Habiendo perdido el lenguaje, hemos perdido la morada del ser, la posibilidad de inventar una forma de vida: «...nadie sabrá nunca lo que soy, nadie me lo oír decir, incluso si lo digo, no lo diré, no podré, sólo tengo el lenguaje de ellos, sí, sí, lo diré quizás, aunque sea en el lenguaje de ellos, para mí mismo, para no haber vivido en vano, y además para poder callarme, si eso es lo que da derecho al silencio...». El discurso del Innombrable beckettiano se eleva en el espacio vacío de los vocablos para descubrir su propia voz, para encontrar el silencio anterior a su nacimiento. Blasfemia y «espera muda» son los únicos recursos de que disponemos para hacernos oír, el único modo de golpear en las espaldas del Creador para que se dé vuelta y reconozca *la obra de sus manos*.

«Ignoro si es legítimo hablar del fin del hombre, pero estoy seguro de la caída de todas las ficciones en las que hemos vivido hasta la fecha»<sup>6</sup>. Certeza de desengañado, no obstante, de incrédulo. E. M. Cioran es, sin duda, el más heterodoxo de los pensadores actuales (el más *demodé* también). Un heterodoxo de la heterodoxia, un hereje dentro de la herejía. Y que esto no implique redundancia. Negador puro, disidente de todos los sistemas, disconforme con todas las doctrinas, no es de

6. *La tentación de existir*, op. cit., p. 102.

los que destruye para compensar con otra cosa lo destruido, sino para dejar al hombre solo consigo mismo, para hostigar su buena conciencia y enfrentarlo a lo ya insostenible por caduco, a la imperiosa necesidad de aceptar, sin paliativos de ninguna especie, la demolición de unos fundamentos corruptos: su civilización, su cultura, sus creencias, sus proyectos. «Basílicos —dice Cioran—, el gnóstico, es uno de los raros espíritus que comprendió el comienzo de nuestra era, lo que ahora constituye un lugar común, a saber: que la humanidad, si quiere salvarse, debe volver a sus límites naturales por el retorno a la ignorancia, verdadero signo de redención»<sup>7</sup>. Retorno a la ignorancia, retorno a la ante-historia, al momento anterior al accidente que nos obligó a nacer, pues el inconveniente mayor del hombre es haber nacido. Retorno que se revela cada vez más improbable pues a lo que el hombre se está acercando es a los límites de su inhumanidad. Las sociedades se encuentran al borde de su liquidación, de anularse en el despotismo científico y la tiranía de la técnica. Se diría que Cioran goza imaginando la cumbre del fracaso del hombre en tanto tal y de su papel dentro de la historia. Fracaso que se realizaría a nivel cósmico y que, en el colmo de su derrota, haría sucumbir también el *proyecto* de Dios al crear el universo e insertar en él a la creatura, culminación de su Obra.

7. *El Aciago Demiurgo*, op. cit., p. 114.

Se diría que —paradoja de aquel que ha hecho de su pensamiento y de su vida una búsqueda de desprendimiento, de no adhesión, de exterminio de cualquier seductora nostalgia— se deja cosquillar por la curiosidad, por el deseo de *ver*, de ser testigo y hasta copartícipe de ese último estertor, si no fuera porque sentimos que presente una catástrofe más aterradora: que los sobrevivientes de la post-historia pudiesen volver a *hacerla*, a provocar de nuevo los engranajes de la gran rueda del eterno retorno. Habría que borrar definitivamente al hombre de la creación, y, después, borrar a su Creador. Lo que le repele a Cioran en el budismo es la idea de la transmigración; en el cristianismo, la resurrección; y en cuanto al judaísmo, que no entraña tanto una religión como un destino religioso, su espera mesiánica, su particular obsesión en un destino religioso en el que se cumplirá la profecía de una humanidad liberada de la injusticia, de la violencia y de la alienación.

Cioran se detiene en la imagen del fin, de ese fin que para él no es entrar en «otro» Tiempo, mejor o peor, sino en la caída fuera del Tiempo, de cualquier Tiempo, incluso de aquél que se insinuaba ya en el Edén. «Cerrado desde hace cinco mil años, el paraíso fue reabierto, según San Juan Crisóstomo, en el momento en que Cristo expiraba; el ladrón pudo entrar, seguido por Adán, repatriado finalmente, y por un restringido número de justos que vegetaban en los infiernos esperando

'la hora de la redención'. Todo hace creer que se encuentra otra vez bajo cerrojo y que así permanecerá. Nadie puede forzar la entrada: los privilegiados que gozan de él, han levantado barricadas cuyo magnífico sistema pudieron observar en tierra. Este paraíso tiene todo el aspecto de ser verdadero: en él pensamos desde lo más profundo de nuestras depresiones, en él quisiéramos disolvernó. Un súbito impulso nos empuja y nos hunde en él: ¿queremos recuperar en un instante lo que desde siempre hemos perdido y reparar de pronto la falta de haber nacido? Nada devela mejor el sentimiento metafísico de la nostalgia como su imposibilidad de coincidir con algún momento de cualquier tiempo; por ello busca consuelo en un remoto pasado, inmemorial, refractario a los siglos y anterior al devenir. El mal que la aqueja —efecto de una ruptura que se remonta a los orígenes— le impide planear la Edad de Oro en el porvenir; lo que naturalmente concibe es lo antiguo, lo primordial, y aspira a ello, no tanto para deleitarse como para desvanecerse y depositar ahí el fardo de la conciencia. Si la nostalgia regresa a la fuente de los tiempos, es para encontrar el verdadero paraíso, objeto de sus añoranzas. Por el contrario, la nostalgia de un paraíso aquí abajo está desprovista de la dimensión de la añoranza; nostalgia vuelta del revés, falseada y viciada, tendida hacia el futuro, obnubilada por el 'progreso', réplica temporal, metamorfosis deformada del paraíso

original. ¿Contagio, automatismo? El caso es que esta metamorfosis ha terminado por llevarse a cabo en cada uno de nosotros. Por grado o por fuerza, le apostamos todo al futuro, hacemos de él una panacea y, al asimilarlo al surgimiento de un tiempo completamente *distinto* en el interior del tiempo mismo, lo consideramos como una duración inagotable y no obstante acabada, como una *historia in-temporal*»<sup>8</sup>. El hombre fabrica con demasiada facilidad Utopías que ocupan el lugar de sus continuas decepciones, inaceptables, pues no son el sentido común, la sabiduría y la experiencia los motores que lo impulsan, sino la fascinación de lo imposible. Atareado, febril por instinto, no concibe el ocio —la santidad del ocio—, no acepta el silencio, ni aun después de la muerte.

La obsesión del suicidio en Cioran es equivalente a su obsesión del nacimiento. Y no porque considere que la vida no merece la pena de ser vivida, al contrario. «Existe un solo placer: el de estar vivos; todo lo demás es miseria», escribió Pavese en su Diario. Y así es. La vida es la gran Desconocida, la evidencia indiscutible, inviolada, inverificable: «La inexactitud de sus fines la hace superior a la muerte; un ápice de precisión la rebajaría a la trivialidad de las tumbas. Pues una ciencia positiva del sentido de la vida despoblaría la

8. *Histoire et Utopie*. Librairie Gallimard. París, 1960, pp. 148-150.

tierra en un día; y ningún frenético lograría reanimar la improbabilidad fecunda del deseo»<sup>9</sup>. Por otra parte, «no es tanto el apetito de vivir lo que se trata de combatir, como el gusto por la 'descendencia'. Los padres, los *progenitores*, son provocadores o locos. Que el último de los abortos tenga la facultad de dar la vida, de 'echar al mundo'... ¿existe algo más desmoralizador? ¿Cómo pensar sin espanto o repulsión en ese prodigio que hace del primer venido un medio demiurgo?»... «Entendámonos: la vida misma no entra en disputa, es misteriosa y extenuante a placer... Cuando se sabe lo que el destino dispensa a cada cual, se queda uno pasmado ante la desproporción entre un momento de olvido y la suma prodigiosa de desgracias que resulta de ello... Asistimos a una verdadera epidemia de vida, a una proliferación de rostros. ¿Dónde y cómo seguir frente a frente con Dios?»<sup>10</sup> ¿Por qué empeñarse en durar, por qué perseverar en la degeneración a la que estamos abocados? ¿Por qué solazarnos en nuestro destino de carroñas? ¿Para qué empeñarse en construir, en hacer política, en conocer, en «progresar» cuando todos estos actos no son más que apariencia y difícilmente enmascaran la única realidad: el miedo, la soledad, el sinsentido de *nuestra* existencia? ¿Y por qué, si *sabemos* todo esto, si somos *conscientes*, es imposible sobreponer-

9. *Breviario de Podredumbre*, op. cit., p. 29.

10. *El Aciago Demiurgo*, op. cit., 16; 17-18.

nos al «yo» y alcanzar la vacuidad, la indiferencia, el desapego del mineral?

No es que Cioran se complazca en las contradicciones —«¿Por qué no me mato? Si supiese exactamente lo que me lo impide, no tendría ya más preguntas que hacerme puesto que habría respondido a todas». Además, «¿por qué depondría yo las armas? No he vivido todas las contradicciones, conservo siempre la esperanza de un nuevo *impasse*»<sup>11</sup>—. En él no hay ninguna facilidad dialéctica, ni juegos de contrarios para elegir entre una posibilidad u otra. Todo en su pensamiento está impulsado por la violenta negación a fundamentar un sistema, filosófico o moral, a esbozar siquiera una mínima «solución». Y si por momentos la Duda parece constituirse en objeto de culto, unas páginas más adelante, el hecho mismo de dudar es puesto en tela de juicio. Una ola de lúcido furor —exaltación de profeta desilusionado de antemano y que ya no puede cegar su propia ira— baña como agua regia todas las certezas que hasta hoy día han apuntalado nuestra existencia, la voluntad de engañarnos para poder continuar subsistiendo, tráfugas del ser, en un universo indiferente y vacío. «Puesto que todo lo que hemos concebido y aprendido desde Adán es o sospechoso o peligroso o inútil, ¿qué hacer? ¿Desolidarizarse de la especie? Sería olvidar que no se es nunca tan hombre como cuando

11. *Syllogismes de l'Amertume*. Editions Gallimard. Francia, 1952, p. 130.

lamentamos serlo. Y una vez que ese pesar se ha apoderado de uno, es imposible eludirlo: se vuelve tan inevitable y tan pasado como el aire... Ciertamente, la mayoría respira sin darse cuenta, sin pensar en ello; que les falte el aliento un día y verán cómo el aire, convertido en problemas, se transforma en una obsesión de cada instante... Infelices aquellos que *saben* que respiran; y más infelices aún los que saben que son hombres»<sup>12</sup>. Quizá, en realidad, de lo que huimos no es tanto de la muerte como del nacimiento, suceso que Buda situó entre las tres causas de todos nuestros males y desgracias. «Referirse sin cesar a un mundo donde todavía nada se rebajaba a surgir, donde se presentía la conciencia sin desearla, donde, enfangado en lo virtual, se gozaba de la plenitud nula de un yo anterior al yo... *No haber nacido*, sólo de pensarlo, ¡qué dicha, qué libertad, qué espacio!»<sup>13</sup>.

Ahí, en ese espacio, tocar el silencio, ser la voz que ha encontrado su justo tono de afonía, alcanzar la luz de la pura anterioridad. ¿Y cómo lograrlo si no a través de la palabra, del único medio de que dispone aquel que, humano, no logra confirmarse ni en el aullido animal ni en la inanidad mineral? Cioran hace de la palabra la materia prima de la transmutación, el vil metal que pasará por el proceso

12. *La Chute dans le Temps*. Editions Gallimard. Francia, 1964, p. 32.

13. *De l'Inconvénient d'Être Né*. Editions Gallimard. Francia, 1973, p. 32.

alquímico de la escritura en su retorno al Verbo. Para Cioran la escritura es la voluntad de transformarlo todo en eternidad, de eternizar el instante merced al más ilusorio de los instrumentos: «Mientras más sufrimos el menoscabo del tiempo, mayor es nuestro deseo de huir. Escribir una página sin defecto, una frase solamente, nos eleva por encima del devenir y de sus corrupciones. Se trasciende la muerte mediante la búsqueda de lo indestructible a través del Verbo, a través del símbolo mismo de la caducidad»<sup>14</sup>. Escribir es vivir en un presente que ya se conoce, en una provisionalidad que la posibilidad del suicidio confirma, ya que únicamente en lo provisional —el tiempo que toma la «cocción» del libro— puede manifestarse, para ese exiliado metafísico que es Cioran, la tentación de existir. Tentación que se burla con mordacidad de sí misma. Y aquí, en el humor sarcástico, en la ironía, es donde reside la vitalidad (que algunos tomarán por pesimismo o amargura, o llamarán nihilismo) del pensamiento y del estilo cioranianos. Nada dentro de su expresión es debido al azar de combinaciones eufónicas o a elegancias de una búsqueda estilística a posta. Su *ritmo* exige un estado de constante alerta, una disposición de ánimo no condicionada ni por presupuestos filosóficos ni por la espera de revelaciones fulgurantes. Su dinamismo desprestigia todos nuestros prestigiados conceptos, su sarcasmo nos pone en guardia y nos

14. *Ibidem*, p. 45.

obliga a reconsiderar, no sólo hasta nuestra manera de hablar, sino la estructura toda de nuestro pensar embotado por clichés y slogans cuyo significado desconocemos. Cioran no es un pensador negativo; incluso, y a pesar de sí mismo, no es un indiferente, un mero espectador burlón al margen de la hecatombe y del desastre que tanto pregonaba. Sin llegar jamás a ser un fanático —no olvidemos que hasta su pasión por la escritura es un placer desinteresado, *desengañado*—, se abraza a lo que destruye con el mismo furor con que le ha negado al lector toda posible identificación, cualquier tipo de asidero que pueda engendrar prosélitos. «El desengaño ni se enseña ni se comparte, sino que se *contagia*»<sup>15</sup>.

Asumida la lectura de Cioran hasta sus últimas consecuencias, el resultado es catártico, en el sentido en que Peter Brook lo dice: «La catarsis no ha sido nunca una purga emocional, sino una llamada a la totalidad del hombre». En todas las cosas existe la posibilidad del vínculo, pero en todo también se halla la posibilidad de rechazo, de divergencia, de ruptura. Esta es la única actitud viable que llega, en última instancia, a proponernos uno de los pensadores más excepcionales e inquietantes de nuestra época.

*Esther Seligson*  
*París, octubre de 1975.*

<sup>15</sup>. Fernando Savater, *Ensayo sobre Cioran*. Taurus Ediciones, S. A. Madrid, 1974.

Las formas de expresión se han gastado, y el arte se orienta hacia el sinsentido, hacia un universo privado e incommunicable. Un estrechamiento *inteligible*, ya sea en pintura, en música o en poesía, nos parece, con justa razón, anticuado o vulgar. El público desaparecerá pronto; el arte le seguirá de cerca.

Una civilización que empezó por las catedrales tenía que terminar en el hermetismo de la esquizofrenia.

\* \* \*

Las «fuentes» de un escritor son sus verüenzas; aquel que no las descubre en sí mismo, o que las escamotea, está abocado al plagio o a la crítica.

\* \* \*

*Misterio.* — Palabra que utilizamos para engañar a los demás, para hacerles creer que somos más profundos que ellos.

\* \* \*

El pesimista debe inventarse cada día nuevas razones para existir: es una víctima del «sentido» de la vida.



En este «gran dormitorio» que es el mundo, según llama un texto taoísta al universo, la pesadilla es la única forma de lucidez.



La Sutileza se encuentra :

entre los teólogos. Al no poder comprobar lo que proponen, están obligados a hacer tantas distinciones que terminan por extraviar al espíritu: y eso es lo que buscan. Cuánta virtuosidad hace falta para clasificar a los ángeles en decenas de especies. Y no hablemos de Dios: su infinito ha desgastado y provocado la delicuescencia de numerosos cerebros;

entre los ociosos. Entre los mundanos, las razas perezosas, entre todos aquellos que se alimentan de palabras. La conversación, madre de la sutileza... Por haber sido insensibles a ella, los alemanes se hundieron en la metafísica. Pero los pueblos parlanchines, los antiguos griegos y los franceses, expertos en las gracias del espíritu, sobresalieron en la *técnica de la nadería*;

entre los perseguidos. Obligados a la mentira, a la astucia, a la gorronería, llevan una vida doble y falsa; la *insinceridad* —por ne-

cesidad— excita la inteligencia. Seguros de sí mismos, los ingleses son adormecedores: pagan así los siglos de libertad en que pudieron vivir sin recurrir a la astucia, a la sonrisa taimada, a los apaños. Se entiende por qué, en las antípodas, los judíos tienen el privilegio de ser el pueblo más despierto;

entre las mujeres. Condenadas al pudor, deben disfrazar sus deseos y mentir: *la mentira es una forma de talento*, mientras que el respeto a la «verdad» va a la par con lo burdo y la pesadez;

entre los tarados. Los que no están internados..., entre aquellos con los que soñaría un código penal ideal.

\* \* \*

Obligad a los hombres a recostarse durante días y días: las camas tendrían éxito ahí donde las guerras y los slogans han fallado. Pues las operaciones del Tedio sobrepasan en eficacia a las de las armas y las ideologías.

\* \* \*

Entre el Tedio y el Éxtasis se desarrolla toda nuestra experiencia del tiempo.

\* \* \*

El Oriente se inclinó por las flores y la renuencia. Nosotros le oponemos las máquinas y el esfuerzo, y esta melancolía galopante, último sobresalto de Occidente.

\* \* \*

Escuchad a los alemanes y a los españoles justificarse: harán resonar a vuestros oídos siempre el mismo estribillo: trágico, trágico... Es su modo de hacernos comprender sus calamidades o sus estancamientos, su manera de realizarse...

Mientras que en los Balcanes oiréis a propósito de todo: destino, destino... Así disfrazan sus tristezas inoperantes los pueblos demasiado cercanos a sus orígenes. Es la discreción de los trogloditas.

\* \* \*

Durante tres siglos España guardó celosamente el secreto de la ineficacia; hoy, todo Occidente posee ese secreto. Y no es que lo haya robado, lo descubrió por propia cuenta, *por introspección*.

\* \* \*

I. — Instintos tambaleantes, creencias deterioradas, manías y necesidades. Por todas partes conquistadores jubilados, rentistas del heroísmo frente a jóvenes Alaricos que acechan

Romas y Atenas, por todas partes paradojas de linfáticos. Antaño las ocurrencias de salón atravesaban los países, desconcertaban la estupidez o la afinaban. Europa, coqueta e intratable, estaba en la flor de la edad. Hoy en día, decrepita, ya no excita a nadie. No obstante, hay bárbaros que esperan heredar sus encajes y se irritan ante su larga agonía.

II. — Francia, Inglaterra, Alemania; Italia quizá. El resto... ¿Qué accidente provoca el paro de una civilización? ¿Por qué la pintura holandesa o la mística española sólo florecieron un instante? ¡Tantos pueblos que sobrevivieron a su genio! Por lo mismo su caída es trágica; pero la de Francia, Alemania e Inglaterra depende de algo irreparable internamente, del término de un proceso, de un deber llevado con éxito; es natural, explicable, merecido. ¿Podía haber sido de otra forma? Esos países han prosperado y se han arruinado a la par, por espíritu de competencia, de fraternidad, y de odio; no obstante, en el resto del planeta, el hampa fresca almacenaba energías, se multiplicaba y esperaba.

Tribus con instintos imperiosos se aglutinan para formar una gran potencia; llega el momento en que, resignados y titubeantes, suspiran por un papel subalterno. Cuando ya no se es invasor, se acepta ser invadido. El drama de Aníbal fue haber nacido demasiado temprano; algunos siglos más tarde hubiera encontrado abiertas las puertas de Roma. El Im-

perio se encontraba vacante, igual como la Europa de nuestros días.

III. — Todos hemos degustado el mal de Occidente. Del arte, el amor, la religión, la guerra, sabemos demasiado como para creer en ellos todavía; además, tantos siglos se desgastaron en eso... La época de lo *acabado* en la plenitud quedó atrás, la materia de los poemas está extenuada. ¿Amar?, hasta la chuzma repudia el «sentimiento». ¿La piedad?, hurgada en las catedrales: ya sólo se arrodilla en la ineptitud. ¿Y quién quiere aún combatir? El héroe está caduco; únicamente la carnicería personal está en curso. Somos fantoches clarividentes, apenas aptos para hacer remilgos ante lo irremediable.

¿Occidente? Un *posible* sin mañana.

IV. — No pudiendo defender nuestras astucias contra los músculos, vamos siendo cada vez menos utilizables para lo que sea: el primero que llegue nos maniatará. Contemplad a Occidente: desborda sabiduría, deshonor y flema. En eso terminaron los cruzados, los caballeros, los piratas: en el estupor de una misión cumplida.

Cuando Roma replegaba sus legiones, ignoraba la Historia y las lecciones de los crepúsculos. No es éste nuestro caso. Sombrío será el Mesías que nos caiga encima.

\* \* \*

¡Qué lástima que para ir hacia Dios haya  
que pasar por la fe!

\* \* \*

En el Antiguo Testamento se sabía intimidar al Cielo, se le amenazaba con el puño: la plegaria era una disputa entre la creatura y su creador. Vino el Evangelio a reconciliarlos; ése es el imperdonable error del cristianismo.

\* \* \*

La posibilidad de renovarse mediante la herejía le confiere al creyente una neta superioridad sobre el incrédulo.

\* \* \*

De todo lo que los teólogos han concebido, las únicas páginas legibles y las únicas palabras verdaderas son las consagradas al Adversario. Cómo cambia el tono y se inflama su labia cuando le dan la espalda a la Luz para vacar en las Tinieblas. Se diría que redescienden a su elemento, que se redescubren. Por fin están autorizados a odiar: no más; ronroneos sublimes ni machaquerías edificantes. El odio puede ser vil; deshacerse de él, sin embargo, es más peligroso que abusar de él. La Iglesia, en su gran sabiduría, le ahorró a los suyos tales riesgos; para satisfacer los instintos de sus

teólogos, los excita contra el Maligno, y ellos se aferran a él y lo mordisquean: es un hueso inagotable... Si se les quitara, caerían en el vicio o en la apatía.

\* \* \*

La libertad es el bien supremo para aquellos a quienes anima la *voluntad* de ser heréticos.

\* \* \*

No nos habléis más de los pueblos esclavizados ni de su amor por la libertad; los tiranos son asesinados demasiado tarde: ¿ésa es su gran excusa.

\* \* \*

Cuando los tiranos han saciado su ferocidad, se vuelven bonachones. Todo retornaría al orden si los esclavos, celosos, no pretendieran también satisfacer la suya. La mayoría de los acontecimientos son suscitados por la aspiración del cordero a ser lobo. Los que no tienen colmillos sueñan con tenerlos; quieren, a su vez, devorar, y lo consiguen, por la bestialidad del número.

\* \* \*

¿La «diberación» del hombre? Llegará el día en que, desembarazado de su preocupación

finalista, éste haya comprendido el accidente de su aparición y la gratuidad de sus experiencias; el día en que nos agitaremos como un supliciado saltarín y docto, y en que, para la chuzma misma, la «vida» se reduzca a sus justas proporciones: a una *hipótesis de trabajo*.

\* \* \*

Una civilización al cabo de su recorrido, de feliz anomalía que era, pasa a marchitarse en la regla, se disputa con cualquier nación, se revuelca en el fracaso, y convierte su destino en único problema. De esta obsesión de sí misma, España ofrece el modelo perfecto. Después de haber conocido, en tiempos de los Conquistadores, una sobrehumanidad bestial, se dedicó a rumiar su pasado, a machacar sus lagunas, a dejar enmohecer sus virtudes y su genio; en cambio, enamorada de su ocaso, lo ha adoptado como una nueva supremacía. ¿Cómo no percibir que ese masoquismo histórico deja de ser una singularidad española para convertirse en el clima y la receta de caducidad de un continente?

\* \* \*

Una naturaleza religiosa se define menos por sus convicciones que por la necesidad de prolongar sus sufrimientos más allá de la muerte.

\* \* \*

Cuando en el Árbol del Conocimiento una idea está suficientemente madura, qué voluptuosidad insinuarse en ella, actuar como una larva, y precipitar su caída.

\* \* \*

Cuando adolescente, la perspectiva de la muerte me sumía en trance; para escapar de él, me precipitaba al burdel donde invocaba a los ángeles. Pero, con la edad, uno se acostumbra a sus propios terrores, no hace ya nada para liberarse de ellos, se aburguesa uno en el Abismo.

— Y si hubo un tiempo en que envidiaba a los monjes de Egipto que cavaban sus tumbas para verter lágrimas en ellas, hoy cavaría yo la mía y no caerían dentro más que colillas.

A veces pienso que todos los países deberían parecerse a Suiza, complacerse y hundirse, como ella, en la higiene, en la insipidez, en la idolatría de las leyes y el culto al hombre: por otra parte, sólo me interesan las naciones exentas de escrúpulos tanto en pensamientos como en actos, febriles e insaciables, siempre a punto de devorar a las otras y de devorarse a sí mismas, pisoteando los valores contrarios a su ascenso y a su éxito, rehacias a la sabiduría, esa llaga de los pueblos viejos cansados de sí mismos y de todo, y como gustosos en su olor a moho.

También es en vano que deteste a los tiranos, pues no dejo de comprobar que constituyen la trama de la historia, y que, sin ellos, no sería posible concebir ni la idea ni la marcha de un imperio. Superiormente odiosos, de una bestialidad inspirada, los tiranos evocan al hombre llevado a sus extremos, la última exasperación de sus ignominias y de sus méritos. Iván el Terrible, por citar sólo a uno de los más fascinantes, agota los recovecos de la psicología. Igualmente complejo en su demencia y en su política, hizo de su reino y, hasta un cierto punto, de su país, un modelo de pesadilla, un prototipo de alucinación viva e inagotable, mezcla de

Mongolia y de Bizancio, acumulando las cualidades y los defectos de un kan y de un basileo, monstruo de cóleras demoníacas y de sórdida melancolía, dividido entre el gusto por la sangre y el arrepentimiento, con una jovialidad enriquecida y coronada por risas burlonas. Tenía la pasión del crimen, y todos, mientras existimos, la experimentamos, ya sea atentando contra los otros o contra nosotros mismos. Sólo que en nosotros permanece insatisfecha, de manera que nuestras obras, cualesquiera que sean, provienen de nuestra incapacidad de matar o de matarnos. No siempre estamos de acuerdo con esto, ya que desconocemos a propósito el mecanismo íntimo de nuestras debilidades. Si los zares, o los emperadores romanos, me obsesionan, es porque esas debilidades, veladas en nosotros, aparecen en ellos al descubierto. Nos revelan, encarnan e ilustran nuestros secretos. Pienso en aquellos que, abocados a una grandiosa degeneración, se encarnizaban en sus parientes y, por miedo a ser amados, los enviaban al suplicio. Por muy poderosos que fueran, eran, no obstante, infelices, pues no se saciaban del temblor ajeno. ¿Acaso no son la proyección del mal espíritu que nos habita y nos convence de que el ideal sería hacer el vacío a nuestro alrededor? Con tales pensamientos y tales instintos se forma un imperio: coopera también ese subsuelo de nuestra conciencia donde se ocultan nuestras más queridas taras.

La ambición de dominar al mundo, surgida de profundidades insospechadas, de una fuerza original, sólo aparece en ciertos individuos y en ciertas épocas, sin relación directa con la calidad de la nación en donde se manifiesta: entre Napoleón y Gengis Kan la diferencia es menor que entre el primero y cualquier hombre político francés de las repúblicas sucesivas. Pero esas profundidades, y esa fuerza, pueden secarse, agostarse.

Carlomagno, Federico II de Hohenstaufen, Carlos Quinto, Bonaparte, Hitler, estuvieron tentados, cada uno a su manera, por realizar la idea del imperio universal: fracasaron, con más o menos fortuna. Occidente, donde esa idea no suscita ya sin ironía o malestar, vive ahora la vergüenza de sus conquistas: pero, curiosamente, en el momento en que se repliega sobre sí mismo es cuando sus fórmulas triunfan y se propagan dirigidas contra su poder y su supremacía, encuentran eco fuera de sus fronteras. Triunfa perdiéndose. Así triunfó Grecia, en el dominio del espíritu, cuando dejó de ser una potencia, e incluso una nación; saquearon su filosofía y sus artes, le aseguraron el éxito a sus producciones, pero no asimilaron sus talentos. De la misma manera se le tomará todo a Occidente, salvo su genio. La fecundidad de una civilización estriba en la facultad que tenga de incitar a otras a que la imiten; en cuanto termina de deslumbrarlas, se reduce a un conjunto de sobras y de vestigios.

Al abandonar esta parte del mundo, la idea de imperio tenía que encontrar su clima providencial en Rusia, donde, por otra parte, siempre existió, singularmente en el plano espiritual. Después de la caída de Bizancio, Moscú se convirtió, para la conciencia ortodoxa, en la tercera Roma, en la heredera del «verdadero» cristianismo, de la verdadera fe. Primer despertar mesiánico. Para conocer un segundo despertar le hacía falta esperar hasta nuestros días; pero ese despertar se lo debe, esta vez, a la dimisión de Occidente. En el siglo xv aprovechó un vacío religioso, así como hoy se aprovecha de un vacío político. Dos grandes ocasiones para hacerse cargo de sus responsabilidades históricas. Cuando Mahoma II sitió Constantinopla, la cristiandad, dividida como de costumbre y, además, feliz de haber perdido el recuerdo de las cruzadas, se abstuvo de intervenir. Los sitiados concibieron primero una irritación que, ante la inminencia del desastre, se tornó en estupor. Oscilando entre el pánico y una satisfacción secreta, el Papa prometió auxilio, pero lo envió demasiado tarde: ¿para qué apresurarse a causa de unos «cismáticos»? El cisma, no obstante, iba a ganar fuerza en otra parte. ¿Roma anteponía Moscú a Bizancio? Siempre es preferible un enemigo lejano a uno cercano. Así, en nuestros días, los anglosajones prefirieron, en Europa, la preponderancia rusa a la preponderancia alemana. Y es que Alemania se encontraba demasiado *cerca*.

Las pretensiones de Rusia de pasar de la primacía vaga a la hegemonía caracterizada, tienen un fundamento. ¿Qué hubiera ocurrido con el mundo occidental si no hubiera parado y absorbido la invasión mongólica? Durante más de dos siglos de humillaciones y de esclavitud fue excluida de la historia, mientras que en el Oeste las naciones se daban el lujo de entredestrozarse. Si Rusia hubiese estado en condiciones de desarrollarse sin obstáculos, se hubiera convertido en una potencia de primer orden desde principios de la era moderna; lo que ahora es, lo hubiera sido en los siglos xvi y xvii. ¿Y Occidente? Quizá hoy sería ortodoxo, y, en Roma, en el lugar de la Santa Sede, se pavonearía el Santo Sínodo. Pero los Rusos pueden recobrarse. Si, como todo parece presagiar, llevan a cabo sus desig-nios, es posible que le den su merecido al Santo Pontífice. Ya sea en nombre del marxismo o de la ortodoxia, los Rusos están llamados a arruinar la autoridad y el prestigio de la Iglesia cuyos objetivos no podrían tolerar sin renunciar al meollo de su misión y de su programa. Bajo los zares, al identificarla con un instrumento del Anticristo, rezaban *contra* ella; hoy en día, considerada como un agente satánico de la Reacción, la abruman de invectivas algo más eficaces que sus antiguos anatemas; pronto la hundirán con todo su poder, con todas sus fuerzas. Y hasta es posible que la desaparición del último sucesor de San Pedro

quede, en nuestro siglo, como una curiosidad, y a modo de apocalipsis frívolo.

Al divinizar la historia para desacreditar a Dios, el marxismo sólo ha conseguido volver a Dios más extraño y más obsesionante. Todo se puede sofocar en el hombre, salvo la necesidad de absoluto que sobrevivirá a la destrucción de los templos, e incluso a la desaparición de la religión sobre la tierra. Y como el fondo del pueblo ruso es religioso, este fondo tomará inevitablemente la ventaja. Razones de orden histórico contribuirán en gran medida a ello.

Al adoptar la ortodoxia, Rusia manifestó su deseo de separarse de Occidente; era su manera de definirse desde el principio. Nunca, fuera de los medios aristocráticos, se dejó seducir por los misioneros católicos, los jesuitas por ejemplo. Un cisma no expresa tanto divergencias de doctrina como una voluntad de afirmación étnica: trasluce menos una controversia abstracta que un reflejo nacional. No fue la ridícula cuestión del *filioque* lo que dividió a la Iglesia: Bizancio quería su autonomía total; y con mayor razón Moscú. Cismas y herejías son nacionalismos disfrazados. Pero mientras que la Reforma tomó solamente el aspecto de una disputa familiar, de un escándalo *en el seno* de Occidente, el particularismo ortodoxo, al afectar un carácter más profundo, iba a marcar una división en el mismo mundo occidental. Rechazando el catolicismo retarda-

ba su evolución, perdía una oportunidad capital de civilizarse rápidamente, y ganaba, a la vez, substancia y unidad: su estancamiento la hacía *diferente, otra*; y a ello aspiraba, presintiendo sin duda que Occidente lamentaría un día la ventaja que le llevaba.

Mientras más fuerte se haga, más conciencia tomará de sus raíces de las que, en cierta forma, el marxismo la habrá alejado; después de una cura forzada de universalismo, se rerusificará en provecho de la ortodoxia. Además, habrá marcado de tal manera al marxismo, que se hallará esclavizado. Cualquier pueblo de envergadura que adopta una ideología extraña a sus tradiciones, la asimila y la desnaturaliza, la inclina en el sentido de su destino nacional, la falsea a su favor hasta tornarla indiscernible de su propio genio. Posee una óptica propia necesariamente deformante, un defecto de visión que, lejos de desconcertarlo, lo halaga y estimula. Las verdades de las que se envanece, por muy desprovistas de valor objetivo que estén, no son menos vivas, y producen, como tales, ese género de errores que conforman la diversidad del paisaje histórico, entendiéndose bien que el historiador, escéptico por oficio, temperamento y opción, se sitúa de lleno fuera de la Verdad.

Mientras que los pueblos occidentales se desgastaban en su lucha por la libertad, y, más aún, en la libertad adquirida (nada desgasta

tanto como la posesión o el abuso de la libertad), el pueblo ruso sufría sin desgastarse, pues sólo hay desgaste dentro de la historia y, como el pueblo ruso fue eliminado de ella, tuvo por fuerza que sufrir los infalibles sistemas de despotismo que le infringieron: existencia oscura, vegetativa, que le permitió fortalecerse, acrecentar su energía, acumular reservas y sacar de su esclavitud el máximo provecho biológico. La ortodoxia le ayudó, la popular, admirablemente articulada para mantenerlo fuera de los acontecimientos, contrariamente a la ortoxia oficial que orienta el poder hacia objetivos imperialistas. Doble cara de la Iglesia ortodoxa: por una parte trabajaba en el adormecimiento de las masas; por otra, auxiliar de los zares, despertaba en ellos la ambición y hacía posible inmensas conquistas en el nombre de una población pasiva. Dichosa pasividad que le aseguró a los Rusos su predominio actual, fruto de su retraso histórico. Favorables u hostiles, todas las empresas de Europa giran alrededor de ellos; y, al ponerlos en el centro de sus intereses y de sus ansiedades, reconoce que la dominan virtualmente. He ahí casi realizado uno de sus más antiguos sueños. El que lo hayan logrado bajo los auspicios de una ideología de proveniencia extranjera, agrega un suplemento paradójico y picante a su éxito. Lo que importa, en definitiva, es que el régimen sea ruso y que esté completamente dentro de las tradiciones del país. ¿Acaso no es revelador que la Revolución.

salida en línea directa de las teorías occidenta-  
listas, se haya orientado cada vez más hacia las  
ideas de los esclavófilos? Por otra parte, un  
pueblo no representa tanto una suma de  
ideas y de teorías como de obsesiones: las de  
los Rusos, de cualquier parte que sean, aun-  
que no siempre son idénticas, guardan un pa-  
rentesco. Un Tchaadaev que no le encontraba  
ningún mérito a su nación, o un Gogol que  
la escarneció sin piedad, estaban tan ligados  
a ella como Dostoievski. El más arrebatado de  
los nihilistas, Netchaiev, estaba tan obsesiona-  
do por ella como Pobiedenestsev, violento  
reaccionario procurador del Santo Sínodo.  
Sólo esta obsesión cuenta. Lo demás es pose.

Para que Rusia se ajustara a un régimen li-  
beral, tendría que debilitarse considerable-  
mente, que extenuar su vigor, más aún: ten-  
dría que perder su carácter específico y desna-  
cionalizarse en profundidad. ¿Cómo lo con-  
seguiría con sus recursos interiores intachables  
y sus mil años de autocracia? Y aun suponien-  
do que lo consiguiera de golpe, se dislocaría de  
inmediato. Más de una nación, para conservar-  
se y expandirse, tiene necesidad de una cierta  
dosis de terror. Incluso Francia sólo pudo en-  
rolarse en la democracia en el momento en  
que sus resortes empezaron a aflojarse, en que,  
no teniendo ya como objetivo la hegemonía, se  
aprestaba a volverse respetable y sensata. El  
primer Imperio fue su última locura. Después,  
abierta a la libertad, habría de acostumbrarse

dolorosamente a ella a través de numerosas convulsiones, contrariamente a Inglaterra quien, ejemplo desalentador, se había habituado a ella desde hacía tiempo, sin roces ni peligros, gracias al conformismo y a la ilustrada estupidez de sus habitantes (no ha producido, que yo sepa, ningún anarquista).

A la larga, el tiempo favorece a las naciones encadenadas que, acumulando fuerzas e ilusiones, viven en el futuro, en la esperanza; pero en la libertad, ¿qué se puede esperar?, ¿o en el régimen que la encarna, hecho de disipación, de quietud y de ablandamiento? Maravilla que no tiene ya nada que ofrecer, la democracia es, a la vez, el paraíso y la tumba de un pueblo. La vida sólo tiene sentido gracias a la democracia, pero a la democracia le falta vida... Dicha inmediata, desastre inminente—inconsistencia de un régimen al que no se adhiere uno sin enredarse en un dilema torturante.

Mejor provista, de otra manera afortunada, Rusia no tiene por qué plantearse estos problemas ya que el poder absoluto es para ella, como ya lo señalaba Karamzine, «el fundamento mismo de su ser». Aspirar siempre a la libertad sin alcanzarla jamás, ¿acaso no es ésa su gran superioridad sobre el mundo occidental que, ¡ay! la ha conseguido desde hace tiempo? No tiene, por otra parte, ninguna vergüenza de su imperio; por el contrario, sólo piensa en extenderlo. ¿Quién mejor que ella se apresuró en beneficiar las adquisicio-

nes de los otros pueblos? La obra de Pedro el Grande, idéntica a la de la Revolución, forma parte de un *parasitismo genial*. Hasta los horrores del yugo tártaro soportó ingeniosamente.

Si, confinándose en un aislamiento calculado, Rusia supo imitar a Occidente, también supo hacerse admirar y seducir los espíritus. Los enciclopedistas se encapricharon con las empresas de Pedro y de Catalina, igual como los herederos del siglo de las luces —hablo de los hombres de izquierda— habrían de encapricharse con las de Lenin y de Stalin. Este fenómeno aboga en favor de Rusia, pero no en favor de los Occidentales quienes, complicados y asolados a la medida de sus deseos, y buscando el «progreso» en otra parte, fuera de sí mismos y de sus creaciones, se encuentran hoy paradójicamente más cerca de los personajes de Dostoievski que los propios rusos. Aún falta precisar que sólo evocan el aspecto desfalleciente de esos personajes, que no tienen ni sus extravagancias feroces ni su ira viril: son «poseídos» débiles a fuerza de raciocinios y de escrúpulos, roídos por remordimientos sutiles, por mil interrogaciones, mártires de la duda, deslumbrados y anulados por sus perplejidades.

Cada civilización cree que su modo de vivir es el único bueno y el único concebible, y que tiene el deber de convertir al mundo a ese modo de vivir o infringírselo; equivale, para

ella, a una sotereología expresa o disfrazada; se trata, de hecho, de un imperialismo elegante que deja de serlo en cuanto va acompañado por la aventura militar. Un imperio no se funda únicamente por capricho. Sometemos a los otros para que nos imiten, para que nos tomen por modelo, nuestras creencias y nuestros hábitos; viene después el imperativo inverso de hacerlos esclavos para contemplar en ellos el esbozo halagador o caricaturesco de uno mismo. Estoy de acuerdo en que existe una jerarquía cualitativa de imperios: los mongoles y los romanos no subyugaron a los pueblos por las mismas razones, y sus conquistas no tuvieron el mismo resultado. Mas no por ello dejaron de ser igualmente expertos en hacer perecer al adversario *reduciéndolo a su imagen*.

Que las haya provocado o padecido, Rusia no se ha contentado nunca con desgracias mediocres. Lo mismo ocurrirá en un futuro. Se aplastará sobre Europa por fatalidad física, por el automatismo de su masa, por su superabundante y mórbida vitalidad tan propicia a la generación de un imperio (en el cual se materializa siempre la megalomanía de una nación), por esa salud tan suya, llena de imprevisto, de horror y de enigmas, destinada al servicio de una idea mesiánica, rudimento y prefiguración de conquistas. Cuando los esclavófilos sostenían que Rusia debía salvar al mundo, empleaban un eufemismo: no se le salva sin dominarlo. Por lo que respecta a una na-

ción, ésta encuentra su principio de vida en sí misma o en ninguna parte: ¿cómo podría ser salvada por otra? Rusia ha pensado siempre —al secularizar la lengua y la concepción de los esclavófilos— que le incumbe asegurar la salvación del mundo, la de Occidente en primer lugar, frente al cual, por otra parte, nunca ha experimentado un sentimiento claro, sino atracción o repulsión, celos (mezcla de culto secreto y de aversión ostensible) inspirados por el espectáculo de una podredumbre tan envidiable como peligrosa, cuyo contacto hay que buscar, pero mejor aún evitar.

Reacia a definirse y a aceptar límites, cultivando el equívoco en política y en moral, y, lo que es más grave, en geografía, sin ninguna de las ingenuidades inherentes a los «civilizados» que se han vuelto opacos a lo real a causa de los excesos de una tradición racionalista, Rusia, sutil tanto por intuición como por la experiencia secular del disimulo, quizás sea un niño históricamente hablando, pero de ninguna manera psicológicamente. De ahí su complejidad de adulto con instintos jóvenes y viejos secretos; de ahí también las contradicciones, llevadas hasta lo grotesco, de sus actitudes. Cuando se le ocurre profundizar (y lo consigue sin esfuerzo), desfigura el menor hecho, la mínima idea. Se diría que tiene la manía de la gesticulación monumental. Todo es vertiginoso, horrible e inasible en la historia de sus ideas, revolucionarias o de cualquier índole. Es todavía un incorregible *amateur* de uto-

pías; ahora bien, la utopía es lo grotesco *en rosa*, la necesidad de asociar la felicidad, es decir lo inverosímil, al devenir, y de llevar una visión optimista, aérea, hasta el límite en que se una a su punto de partida: el cinismo que pretendía combatir. En suma, un cuento de hadas monstruoso.

Que Rusia sea capaz de realizar su sueño de un imperio universal, es una eventualidad, pero no una certeza; por el contrario, es obvio que puede conquistar y anexarse toda Europa, e incluso que lo hará, aunque sólo sea para tranquilizar al mundo restante... Se satisface con tan poco. ¿Y acaso no es ésa una prueba de modestia, de moderación? ¡un pedacito de continente! En la espera, contempla con el mismo ojo con que los mongoles contemplaban a China y los turcos a Bizancio, con la diferencia, no obstante, que ya asimiló buen número de valores occidentales, mientras que las hordas tártaras y otomanas no tenían sobre su futura presa más que una superioridad material. Es sin duda lamentable que no haya pasado por el Renacimiento: todas sus desigualdades vienen de ahí. Pero, con su capacidad para quemar etapas, será dentro de un siglo, tal vez menos, tan refinada y tan vulnerable como lo es Occidente quien ha alcanzado un nivel de civilización que sólo se sobrepasa descendiendo. Ambición suprema de la historia: registrar las variaciones de ese nivel. El de Rusia, inferior al de Europa, sólo puede elevarse, y ella con él: o sea, que está condenada

a la ascensión. Sin embargo, ¿no se arriesga, a fuerza de subir, desbocada como está, a perder el equilibrio, a estallar y a arruinarse? Con sus almas modeladas en las sectas y en las estepas, da una singular impresión de espacio y de encierro, de inmensidad y de sofoco, de Norte, en suma; pero de un Norte especial, irreductible a nuestros análisis, marcado por un sueño y una esperanza que hacen temblar, por una noche rica en explosiones, por una aurora de la que se guardará memoria. Nada de la transparencia y de la gratuidad mediterráneas en esos Hiperbóreos cuyo pasado, y presente, parece pertenecer a una duración distinta de la nuestra. Ante la fragilidad y el renombre de Occidente experimentan un malestar, consecuencia de su tardío despertar y de su vigor desocupado: es el complejo de inferioridad *del fuerte...* Lo vencerán, lo superarán. El único punto luminoso en nuestro futuro es su nostalgia, secreta y crispada, de un mundo delicado, de encantos disolventes. Si acceden a él (así se presenta el evidente sentido de su destino), se civilizarán a expensas de sus instintos, y, perspectiva regocijante, conocerán también el virus de la libertad.

Mientras más se humaniza un imperio, más se desarrollan las contradicciones que los harán parecer. De actitudes heteróclitas, de estructura heterogénea (al contrario de una nación, realidad orgánica), el imperio tiene necesidad, para subsistir, del principio cohesivo del terror. ¿Que se abre a la tolerancia? ; des-

truirá su unidad y su fuerza, y ella actuará sobre él como un veneno mortal que él mismo se habrá administrado. Y es que la tolerancia no es únicamente el seudónimo de la libertad, sino también el del espíritu; y el espíritu, más nefasto aún para los imperios que para los individuos, los corros, compromete su solidez y acelera su desmoronamiento. También constituye el instrumento que una providencia irónica emplea para golpearlos.

Si nos entretuviéramos, a pesar de lo arbitrario de la tentativa, estableciendo en Europa *zonas de vitalidad*, comprobaríamos que mientras más nos acercamos al Este, más se agudiza el instinto, y que éste decrece a medida que nos dirigimos hacia el Oeste. Los Rusos no son los únicos que tienen la exclusividad, aunque las naciones que lo poseen pertenecen, en grados diversos, a la esfera de la influencia soviética. Esas naciones no han dicho aún su última palabra; algunas, como Polonia o Hungría, jugaron en la historia un papel nada deletznable, otras como Yugoslavia, Bulgaria y Rumania, habiendo vivido en la sombra, no conocieron más que sobresaltos sin mañana. Pero cualquiera que haya sido su pasado, e independientemente de su nivel de civilización, todas disponen todavía de un fondo biológico que en vano buscaríamos en Occidente. Maltratados, desheredados, precipitados en un martirio anónimo, descuartizados entre el desamparo y la sedición, quizá conocerán en el futuro una compensación a tantos infortunios,

humillaciones, y cobardías inclusive. El *grado de instinto* no se aprecia desde el exterior; para medir su intensidad, hay que haber recorrido o adivinado esos países, los únicos en el mundo en creer todavía, en su bella ceguera, en los destinos de Occidente. Imaginemos ahora nuestro continente incorporado al imperio ruso, imagináos después a este imperio, demasiado vasto, debilitándose y desmembrándose con, como corolario, la emancipación de los pueblos: ¿quiénes de entre ellos tomarán la delantera y le aportarán a Europa ese incremento de impaciencia y de fuerza sin el cual una irremediable parálisis la acecha? No sabría dudar: son los que he mencionado. Dada la reputación que tienen, mi afirmación parece risible. Europa central pasa, me dirán, pero, ¿y los Balcanes? —No quiero defenderlos, pero tampoco quiero callar sus méritos. Ese gusto por la devastación, por el desorden interior, por un universo semejante a un burdel en llamas, esa perspectiva sardónica sobre cataclismos fracasados o inminentes, esa acritud, ese ocio de insomnes o de asesinos, ¿acaso no son una rica y pesada herencia que beneficia a sus poseedores? Y, como además adolecen de un «alma», prueban, por lo mismo, que conservan un resto de salvajismo. Insolentes y desolados, quisieran revolcarse en la gloria cuyo apetito es inseparable de la voluntad de afirmación y hundimiento, de la propensión a un *rápido* crepúsculo. Si sus palabras son virulentas, sus acentos inhumanos a veces inno-

bles, es porque mil razones los empujan a vociferar más alto que esos civilizados que han agotado sus gritos. Únicos «primitivos» en Europa, le darán quizá un nuevo impulso; impulso que Europa considerará su última humillación. Y, no obstante, si el Sureste fuera sólo horror, ¿por qué, cuando uno lo abandona y se encamina hacia esta parte del mundo, se resiente como una caída —admirable por cierto— en el vacío?

La vida profunda, la existencia secreta de los pueblos que, teniendo la inmensa ventaja de haber sido hasta ahora relegado por la historia, pudieron capitalizar sueños, esa existencia escondida, abocada a las desdichas de una resurrección, comienza más allá de Viena, extremidad geográfica de la flexión occidental. Austria, cuyo desgaste se acerca al límite del símbolo o de lo cómico, prefigura el destino de Alemania. No más desvíos de envergadura entre los germanos, no más misión ni frenesí, nada que los haga atractivos u odiosos. Bárbaros predestinados, destruyeron el Imperio romano para que Europa pudiera nacer; ellos la hicieron, a ellos les correspondía deshacerla; tambaleante junto con ellos, sufre el rebote de su agotamiento. El dinamismo que aún les queda, ya no posee lo que esconde o justifica toda energía. Abocados a la insignificancia, Helvetas en ciernes, fuera para siempre de su habitual desmesura, reducidos a rumiar sin virtudes degradadas y sus vicios disminuidos,

con, como única esperanza, el recurso de ser una tribu cualquiera, los Germanos son indignos del temor que aún puedan inspirar: creer en ellos o tenerles miedo, es hacerles un honor que de ninguna manera merecen. Su fracaso fue providencial para Rusia. No podían tener éxito, pues alcanzaron la cima de su poderío material en el momento en que no tenían nada que proponernos, en que eran *fuertes* y estaban vacíos. La hora ya había sonado para los otros. «¿Acaso no son los esclavos los *antiguos germanos*, en relación al mundo que se va?», se preguntaba Herzen, hacia mediados del siglo pasado, el más clarividente y el más desgarrado de los liberales rusos, espíritu de interrogaciones proféticas, hastiado de su país, decepcionado de Occidente, tan inapto para instalarse en una patria como en un problema, aunque le gustara especular sobre la vida de los pueblos, materia vaga e inagotable, pasatiempo de emigrados. Los pueblos, no obstante, según otro ruso, Soloviev, no son lo que imaginan ser, sino lo que Dios piensa de ellos en la eternidad. Ignoro las opiniones de Dios sobre germanos y eslavos; sin embargo, sé que favoreció a estos últimos y que es tan vano felicitarlo como condenarlo.

Hoy está zanjada la pregunta que tantos Rusos se planteaban en el siglo pasado sobre su país: «¿Ese coloso ha sido creado para nada?». El Coloso tiene un sentido, ¡y qué sentido! Un mapa ideológico revelaría que se extiende más allá de sus límites, que estable-

ce sus fronteras donde le viene bien, donde le da la gana, y que su presencia evoca por todas partes, menos la idea de una crisis que la de una epidemia, saludable a veces, nociva a menudo, fulgurante siempre.

El Imperio romano fue obra de una ciudad; Inglaterra fundó el suyo para remediar lo exiguo de su isla; Alemania intentó levantar uno para no ahogarse en un territorio sobrepoblado. Fenómeno sin paralelo, Rusia iba a justificar sus designios de expansión en nombre de su inmenso espacio. «Desde el momento que tengo suficiente, ¿por qué no tener *demasiado*?», ésa es la paradoja implícita en sus problemas y en sus silencios. Al convertir el infinito en categoría política, iba a trastornar el concepto clásico y los cuadros tradicionales del imperialismo, y a suscitar a través del mundo una esperanza demasiado grande como para que no degenerara en confusión.

Con sus diez siglos de terrores, de tinieblas y de promesas, estaba más apta que cualquier otra nación para compaginar con el lado nocturno del momento histórico que atravesamos. El apocalipsis le va de maravilla, está habituado a él y le gusta, se ejercita en él hoy más que nunca, ya que ha cambiado visiblemente de ritmo. «¿Hacia dónde te apresuras de esa manera, oh Rusia?», se preguntaba ya Gogol que había percibido el frenesí que se escondía bajo su aparente inmovilidad. Hoy sabemos hacia dónde corre, sabemos sobre todo que, a ima-

gen de las naciones con destino imperial, está más impaciente por resolver los problemas ajenos que los suyos propios. Es decir que nuestra carrera *en el tiempo* depende de lo que decidirá o llevará a cabo: tiene entre sus manos nuestro porvenir... Afortunadamente para nosotros, el tiempo no agota nuestra substancia. Lo indestructible, lo que se encuentra más allá, es concebible: ¿en nosotros?, ¿fuera de nosotros? ¿Cómo saberlo? En el punto en que las cosas se encuentran, sólo merecen interés las cuestiones de estrategia y de metafísica, aquellas que nos limitan a la historia y las que nos apartan de ella: la actualidad y el absoluto, los periódicos y los Evangelios... Vislumbro el día en que ya sólo leeremos telegramas y plegarias. Hecho sobresaliente: mientras más nos absorbe lo inmediato, más sentimos la necesidad de llevarle la contra, de forma que, en el interior del mismo instante, vivimos dentro y fuera del mundo. De la misma manera, ante el desfile de los imperios, no nos queda más que buscar un término medio entre el rictus y la serenidad.



Aunque sea posible imaginar sin esfuerzo a la humanidad entera víctima de las convulsiones o, por lo menos, del azoramiento, sería, en cambio, tenerla en demasiada estima creer que pudiera, en su totalidad, elevarse jamás a la duda, reservada por lo general a algunos réprobos de elección. Sin embargo, accede a ella parcialmente en esos raros momentos en que cambia de dioses y los espíritus, sometidos a instancias contradictorias, no saben ya qué causa defender ni a qué verdad acogerse. Cuando el cristianismo hizo irrupción en Roma, los criados lo adoptaron sin titubeos; los patriarcas se negaron a aceptarlo, y les tomó tiempo pasar de la aversión a la curiosidad, de la curiosidad al fervor. Imaginemos un lector de los *Bosquejos Pirrónicos* ante los Evangelios. ¿Mediante qué artificio conciliar, no dos doctrinas, sino dos universos irreductibles?, ¿y cómo cultivar parábolas ingeniosas cuando se debate uno en las últimas perplejidades del intelecto? Los tratados donde Sextus, a principios del siglo tercero de nuestra era, hizo el saldo de todas las dudas antiguas, son una compilación exhaustiva de lo irrespirable, lo más vertiginoso que se ha escrito, y hay que decirlo, lo más aburrido. Demasiado sutiles y demasiado metódicos para poder riva-

lizar con las nuevas supersticiones, los tratados eran la expresión de un mundo acabado, condenado, sin porvenir. Ello no impidió que el escepticismo, cuyas tesis habían sido codificadas, pudiera mantenerse todavía algún tiempo en posiciones perdidas, hasta el día en que cristianos y bárbaros unieron sus esfuerzos para reducirlo y abolirlo.

Una civilización empieza por el mito y termina en la duda; duda teórica que, cuando la enfrenta a sí misma, se torna en duda práctica. No sabría empezar poniendo en tela de juicio valores que aún no ha creado; una vez producidos, se cansa y se despega de ellos, los examina y los pesa con una objetividad devastadora. Las diversas creencias que había engendrado y que ahora van a la deriva, son sustituidas por un sistema de incertidumbres; *organiza* su naufragio metafísico y lo logra maravillosamente cuando un Sextus le ayuda. En los últimos días de la antigüedad, el escepticismo tuvo una dignidad que no habría de encontrar en el Renacimiento, a pesar de un Montaigne, ni siquiera en el siglo xvii, a pesar de un Hume. Sólo Pascal, si hubiera querido, hubiera podido salvarlo y rehabilitarlo, pero le dio la espalda y le dejó desagregarse al margen de la filosofía moderna. También nosotros estamos hoy a punto de cambiar de dioses, ¿tendremos el suficiente desahogo para cultivar el escepticismo?, ¿se le otorgará un poco de atención o, por el contrario, francamente prohibido, será ahogado por el tumulto de

como un elemento antinatural. Si la naturaleza se conociera y pudiera situarse a la altura de la fórmula, elaboraría sin cesar juicios de existencia. Sólo el espíritu tiene la facultad de rechazar lo que es y de solazarse en lo que no es; sólo él produce, sólo él fabrica ausencia. No tomo conciencia de mí mismo, no *soy*, sino cuando niego; en cuanto afirmo, me vuelvo intercambiable y me comporto como un objeto. Puesto que el *no* presidió la fragmentación de la Unidad primitiva, un placer añejo y malsano se apega a toda forma de negación, capital o frívola. Nos ingeniamos en destruir reputaciones, la de Dios en primer lugar; pero hay que decir, para nuestra descarga, que nos encarnizamos todavía más en arruinar la nuestra al poner nuestras verdades en tela de juicio y desacreditarlas, al llevar a cabo en nosotros el deslizamiento de la negación a la duda.

Mientras que siempre se niega en nombre de algo, de algo exterior a la negación, la duda, sin prevalerse de nada que la supera, se alimenta de sus propios conflictos, de esa guerra que la razón se declara a sí misma cuando, extenuada, atenta contra sus fundamentos y los vuelve del revés para, libre al fin, escapar al ridículo de tener que afirmar o negar lo que sea. Mientras que la razón se divide a sí misma, nosotros nos erguimos en jueces y creemos poder examinarla o contrarrestarla en nombre de un *yo* sobre el cual no tendría ingerencia o del cual no sería más que un accidente, sin tomar en cuenta que, lógicamente, es imposi-

cierto que caiga sobre nosotros, ya se encontraba en nuestro interior y le estábamos predestinados. Nadie escoge la falta de elección, ni se afana por optar por la falta de opción, visto que nada de lo que nos impresiona profundamente es *querido*. Somos libres de inventarnos tormentos; como tales, no son más que posturas; sólo cuentan los que surgen de nosotros a nuestro pesar. Sólo vale lo inevitable, lo que resulta de nuestras imperfecciones y contratiempos, de nuestras imposibilidades, en suma. La verdadera duda nunca será voluntaria; incluso bajo su forma elaborada, ¿qué es si no el disfraz especulativo que reviste nuestra intolerancia al ser? De la misma forma, cuando nos arrebatara y sufrimos sus angustias, no hay nada de lo cual no podamos concebir su inexistencia.

Hay que imaginarse un principio autodestructor de esencia *conceptual*, si se quiere comprender el proceso por el cual la razón viene a socavar sus bases y a roerse a sí misma. No contenta con declarar la certeza imposible, también excluye la idea, y aun irá más lejos rechazando toda forma de evidencia, pues las evidencias provienen del ser del cual se ha desprendido; y este desprendimiento engendra, define y consolida a la duda. No hay juicio, aunque sea negativo, que no tenga raíces en lo inmediato o que no suponga un deseo de ceguera a causa del cual la razón no denota nada manifiesto a lo que se pueda fijar. Mientras más rechaza la obnubilación, más considera-

de una hipótesis o de una ilusión. No tendrá más consideraciones con el misterio, en el que sólo discierne un límite que los hombres, por timidez o por pereza, le han asignado a sus interrogaciones y a sus inquietudes. En esto, como en todo, lo que este fanático persigue con intolerancia, es la *ruina de lo inviolable*.

Porque la negación es una duda impura, agresiva, un dogmatismo invertido, es raro que se niegue a sí misma, que se emancipe de sus frenesíes y que se disocie de ellos. Por el contrario, es frecuente, incluso inevitable, que la duda se sitúe por sí misma en entredicho, que quiera abolirse antes de ver degenerar sus perplejidades en artículos de fe. Puesto que todo es equivalente, ¿con qué derecho escaparían sus perplejidades a esta equivalencia universal que necesariamente las anula? Si el escéptico hiciera una excepción con ellas, se condenaría, invalidaría sus tesis. Pero, como piensa mantenerse fiel a ellas y sacar sus consecuencias, llegará al abandono de toda búsqueda, a la disciplina de la abstención, a la suspensión del juicio. Al disolverse una tras otra las verdades que había examinado en su principio y analizado sin piedad, no se tomará el trabajo de clasificarlas o de jerarquizarlas. ¿A cuál de todas daría su preferencia cuando se trata, precisamente, de no preferir nada, de no convertir más una opinión en convicción? E incluso no debería permitirse *opiniones* más que por capricho o por necesidad de rebajarse a sus propios ojos. «¿Por qué esto en lugar de esto

es un prejuicio, ese prejuicio, más viejo que nosotros, es anterior al hombre y la vida, resiste nuestros ataques, prescinde de razonamientos y de pruebas, pues también todo lo que existe, se manifiesta y dura, se apoya en lo indemostrable y lo inverificable. Cualquiera que no hace suya la frase de Keats, «Después de todo, seguramente hay algo real en este mundo», se coloca para siempre fuera de los actos. La certitud que se expresa en ella no es, sin embargo, lo suficientemente imperiosa como para poseer virtudes dinámicas. Para actuar efectivamente importa creer todavía en la realidad del bien y del mal, en su existencia distinta y autónoma. Si asimilamos uno y otro a convenciones, el contorno que los individualiza se esfuma: no más actos buenos o malos, es decir, no más actos, de manera que las cosas, así como los juicios que tenemos sobre ellas, se anulan en el seno de una mustia identidad. Un valor que sabemos es arbitrario, deja de ser un valor y se degrada en ficción. Y con ficciones no hay forma de instituir una moral, menos aún reglas de conducta inmediatas; por eso, para escapar al desorden, nos incumbe el deber de reinstalar al bien y al mal en sus derechos, de salvarlos y de salvarnos —a costa de nuestra clarividencia. Es el *dubitativo* en nosotros quien nos impide dar nuestra medida, es él quien, al imponernos el peso de la lucidez, nos cansa, nos agota y nos abandona a nuestras penas después de haber abusado de nuestras capacidades de interrogación y de

nirle a las multitudes, capaces apenas de elevarse a la negación.

La duda se revela incompatible con la vida, así, el escéptico consecuente, obstinado, ese muerto-vivo, termina su carrera en una derrota sin analogía con ninguna otra aventura intelectual. Furioso por haber buscado la singularidad y haberse complacido en ella, aspirará a la desaparición, al anonimato, y esto, paradoja de las más desconcertantes, en el momento mismo en que no tiene ya ninguna afinidad con nada ni con nadie. Tomar como modelo lo vulgar es todo lo que el escéptico desea en ese punto de su caída en que reduce la sabiduría al conformismo y la salvación a la ilusión consciente, a la ilusión postulada, es decir, a la aceptación de las apariencias como tales. Pero olvida que las apariencias no son un recurso, a menos que se esté lo bastante obnubilado como para asimilarlas a realidades, a menos que se goce de la ilusión ingenua que se ignora, ilusión que es justamente el patrimonio de los otros y cuyo secreto él es el único en ignorar. En vez de tomar partido, él, el enemigo de la impostura en filosofía, se dedicará a hacer trampa en la vida, persuadido de que, a base de disimulaciones y de fraudes, llegará a no distinguirse del resto de los mortales a quienes tratará inútilmente de imitar, pues todo acto exige un combate contra los mil motivos que tiene para no ejecutarlo. El peor de sus gestos será concertado, resultado de una tensión y de una estrategia, como si tuviera

amplitud que se acerca al despojo total, a una nada más desnuda que la de los místicos, quienes se enorgullecen o se quejan de ella después de sus peregrinaciones a través del «desierto» de la divinidad. En medio de su alelamiento sin falla, un sólo pensamiento perturba todavía al escéptico, una sola interrogación, estúpida, risible, obsesionante: «¿Qué hacía Dios mientras no hacía nada?, ¿en qué empleaba sus terribles ocios antes de la creación?». Si se dirige a él de igual a igual, es porque ambos se encuentran en el mismo grado de estancamiento y de inutilidad. Cuando sus sentidos se marchitan por falta de objetos que puedan llamar su atención, y su razón deja de ejercitarse a causa del horror que le provoca emitir juicios, está en un punto en que ya no puede dirigirse más que al *no-creador*, al que se asemeja, con el que se confunde, y en quien el Todo indiscernible del Nada, es el espacio donde, estéril y postrado, se realiza, reposa.

Al lado del escéptico riguroso o, si se prefiere, ortodoxo, cuyo lamentable y, en cierto sentido, grandioso fin acabamos de ver, existe otro, herético, caprichoso que, aunque sufre la duda de manera intermitente, es susceptible de asumirla hasta el final y de sacar las últimas consecuencias. También él conocerá la suspensión del juicio y la abolición de las sensaciones, *en el interior de una crisis solamente*, que superará proyectando en la indeterminación en la que se ve precipitado un contenido y estremecimiento que no parecía

discípulo del Buda, exclama: «¡El Nirvana es felicidad!», y se le objeta que no podría haber felicidad ahí donde no hay sensaciones, Sariputa responde: «La felicidad está exactamente donde no hay ninguna sensación». Esta paradoja ya no lo es para aquel que, a pesar de sus tribulaciones y su usura, dispone todavía de suficientes recursos para reunirse con el ser en los confines del vacío, y para vencer, aunque por breves momentos, ese apetito de irrealidad del que surge la claridad incuestionable de la duda, a la que sólo podemos oponer evidencias extra-racionales concebidas por otro apetito, el apetito de lo real. Sin embargo, en cuanto aparece la mínima flaqueza, surge el estribillo: «¿Por qué esto en lugar de lo otro?», y su insistencia y su repetición lanzan a la conciencia en una intemporalidad maldita, en un futuro congelado, mientras que cualquier *si*, e inclusive el *no*, la hacen participar en la substancia del Tiempo del que emanan y al que proclaman.

Toda afirmación y, con mayor razón, toda creencia, procede de una herencia bárbara que la mayoría, la casi totalidad de los hombres tiene la dicha de conservar y que sólo el escéptico —una vez más, el verdadero, el consecuente— ha perdido o liquidado, hasta el punto de no guardar sino vagos restos, demasiado débiles como para influir sobre su comportamiento o sobre la conducta de sus ideas. Por otra parte, si existen escépticos aislados en cada época, el escepticismo como fenómeno histórico no

se encuentra más que en los momentos en que una civilización ya no tiene «alma», en el sentido que Platón da a la palabra: «lo que se mueve por sí mismo». En la ausencia de todo principio de movimiento, ¿cómo tendría aún un presente, cómo, sobre todo, un porvenir? Y así como el escéptico, al cabo de su trabajo de zapa, se encontraba en una derrota semejante a la que había reservado a las certidumbres, así también una civilización, después de haber minado sus valores, se hunde con ellas y cae en una delicuescencia donde la barbarie aparece como el único remedio, tal como lo atestigua el apóstrofe lanzado a los Romanos por Salviano a principios del siglo v: «No existe entre nosotros una ciudad que sea pura, salvo aquéllas donde habitan los bárbaros.» Para la circunstancia se trataba quizá, menos de licencia que de desorden. La licencia, el desenfreno inclusive, le sienta bien a una civilización o, por lo menos, se acomoda a ella. Pero teme al desorden que se extiende y se vuelve hacia los que estaban exentos. Entonces es cuando el bárbaro empieza a seducir, a fascinar los espíritus delicados, los espíritus conflictivos, que le envidian y admiran, a veces abiertamente, por lo regular a escondidas, y que desean, sin confesárselo siempre, convertirse en esclavos. Que también le temen es innegable: pero ese temor, de ninguna manera saludable, contribuye, por el contrario, a su sumisión futura, los debilita, los paraliza y los hunde más en sus escrúpulos y sus *impases*. En su caso, la

abdicación, que es su única salida, trae consigo no tanto la suspensión del juicio como la de la voluntad, no tanto la derrota de la razón como la de los órganos. A esas alturas, el escepticismo es inseparable de un achaque fisiológico. Una constitución robusta lo rechaza y se aparta de él; una organización débil cede y se precipita en el escepticismo. ¿Querrá después deshacerse de él? Como no lo logrará por sus propios medios, pedirá la asesoría del bárbaro cuyo papel no es el de resolver los problemas, sino el de suprimirlos y, con ellos, la conciencia sobreaguda que les es inherente y que extenúa al débil, aun cuando haya renunciado a toda actividad especulativa. Y es que en esa conciencia se perpetúa una necesidad enfermiza, irreprimible, anterior a cualquier perplejidad teórica: la necesidad que tiene el débil de multiplicarse en el desgarramiento, el sufrimiento y la frustración, de ser cruel, no hacia otro, sino hacia sí mismo. Hace de la razón un instrumento de autotortura en vez de utilizarla para apaciguarse: le proporciona argumentos contra sí mismo, justifica su voluntad de tropiezo, lo halaga, se agota en hacerle la existencia intolerable. Y es en un esfuerzo desesperado contra sí cómo apresura a su enemigo para que venga a liberarlo de su último tormento.

El fenómeno bárbaro, que sobreviene ineluctablemente en ciertos momentos de la historia, es quizá un mal, pero un mal necesario; por lo demás, los métodos que se usarían para

combatirlo precipitarían el advenimiento, ya que para ser eficaces tendrían que ser feroces, y una civilización no quiere prestarse a tales métodos; e incluso si lo quisiera, no recurriría a ellos por falta de vigor. Lo mejor para ella, una vez declinante, es arrastrarse ante el bárbaro; actitud que, por cierto, no le repugna, pues sabe demasiado bien que el bárbaro representa, encarna ya el futuro. Invadido el Imperio, los letrados (pensemos en un Sidonio Apolinario, un Enodio, un Casiodoro) se convirtieron naturalmente en los panegiristas de los reyes godos. El resto, la gran masa de los vencidos, se refugió en la administración o en la agricultura, pues estaban demasiado apoltronados como para que se les permitiera la carrera de las armas. Convertidos al cristianismo por cansancio, fueron incapaces, por sí solos, de asegurar su triunfo: los conquistadores les ayudaron. Una religión no es nada por sí misma, su destino depende de los que la adoptan. Los nuevos dioses exigen hombres nuevos, susceptibles, en todo momento, de decidirse y de optar, de decir directamente sí o no, en lugar de enredarse en triquiñuelas o de depauperarse por el abuso del matiz. Como las *virtudes* de los bárbaros consisten precisamente en la fuerza de tomar partido, de afirmar o de negar, siempre serán celebradas por las épocas decadentes. La nostalgia de la barbarie es la última palabra de una civilización; y es, por lo mismo, la del escepticismo.

Al expirar un ciclo, ¿en qué, en efecto, pue-

de soñar un espíritu que está de vuelta de todo, si no en la suerte que tienen los brutos al apostarle a lo posible y encenagarse en ello? Incapaz de defender dudas que ya no practica o de suscribir dogmas nacientes que desprecia, aplaude, suprema renuncia del intelecto, las demostraciones irrefutables del instinto: griego, se arrodilla ante el romano quien, a su vez, se arrodillará ante el germano, según un ritmo inexorable, una ley que la historia se apresta a ilustrar, hoy aún más que al principio de nuestra era. El combate es disparado entre los pueblos que discuten y los pueblos que callan, tanto más cuanto que los primeros, habiendo gastado su vitalidad en argucias, se sienten atraídos por la rudeza y el silencio de los últimos. Si esto es cierto de una colectividad, ¿qué será de un individuo, singularmente del escéptico? Así pues, no hay que sorprenderse de verle, a él, profesional de la sutileza, en medio de la última soledad a la que ha llegado, erguirse como amigo y como cómplice de las hordas.

Cuando se toma en cuenta la importancia que para la conciencia normal revisten las apariencias, es imposible aceptar la tesis del Vedanta según la cual «la no-distinción es el estado natural del alma». Lo que aquí se entiende por estado natural es la vigilia, estado que, precisamente, no tiene nada de natural. El ser vivo percibe existencia por todas partes; desde el momento en que está despierto, en que ya no es *naturaleza*, empieza a descubrir lo falso en lo aparente, lo aparente en lo real, y termina por sospechar incluso de la idea de lo real. No más distinciones, por lo tanto, no más tensión ni drama. Contemplado desde muy alto, el reino de la diversidad y de lo múltiple se desvanece. A un cierto nivel del conocimiento, sólo el no-ser se sostiene.

No vivimos sino por carencia de saber. Desde el momento en que *sabemos*, ya no nos proveemos de nada más. Mientras permanecemos en la ignorancia, las apariencias prosperan y conservan una sospecha de inviolabilidad que nos permite amarlas y detestarlas, estar en lucha con ellas. Pero, ¿cómo medirnos con fantasmas? Y en eso se convierten las apariencias cuando, desengañados, no podemos ya promoverlas al rango de esencias. El saber, el despertar mejor dicho, suscita entre ellas y nosotros

un *hiatus* que, por desgracia, no es un conflicto, pues si lo fuera todo estaría mejor, sino la supresión de todos los conflictos, la funesta abolición de lo trágico.

Contrariamente a la afirmación del Vedanta, el alma es llevada naturalmente hacia la multiplicidad y la diferenciación, sólo florece en medio de simulacros y se marchita si llega a desenmascararlos y a liberarse de ellos. Despierta, el alma se priva de sus poderes y no puede ni desencadenar ni sostener el menor proceso creativo. La liberación es el polo opuesto de la inspiración, abocarse a ella equivale, para un escritor, a una dimisión, es decir, a un suicidio. Si el escritor quiere producir, que siga sus buenas y sus malas inclinaciones, las malas sobre todo, pues si se emancipa de éstas, se aleja de sí mismo: sus miserias son sus oportunidades. El medio más seguro para que eche a perder sus dones es que se sitúe por encima del éxito y del fracaso, del placer y del pesar, de la vida y de la muerte. Si insiste en liberarse, se encontrará un buen día exterior al mundo y a sí mismo, capaz todavía de concebir algún proyecto, pero desesperado ante la idea de realizarlo. Más allá del escritor, el fenómeno tiene un alcance general: a quien le importe la eficacia deberá hacer una disyunción total entre vivir y morir, agravar las parejas de contrarios, multiplicar abusivamente las irreductibilidades, regodearse en la antinomia, quedar, en suma, en la superficie de las cosas. Producir, «crear», es prohibirse la clarividencia.

cia, es tener el valor o la suerte de no distinguir la mentira de la diversidad, el carácter engañoso de lo múltiple. Una obra no es realizable a menos que nos ceguemos respecto a las apariencias: desde el momento en que dejamos de atribuirles una dimensión metafísica, perdemos todos nuestros recursos.

Nada estimula tanto como agrandar las naderías, mantener falsas oposiciones y discernir conflictos ahí donde no los hay. Si se resistiera uno a ello, el resultado sería una esterilidad universal. Sólo la ilusión es fértil, sólo ella es origen. Gracias a ella se da a luz, se *engendra* (en todos sentidos) y se asimila uno al sueño de la diversidad. El intervalo que nos separa de lo absoluto bien puede ser irreal, nuestra existencia es esa irrealidad misma pues ese intervalo en cuestión no es de ninguna manera una mentira para los fervientes del acto. Mientras más nos anclamos en las apariencias, más fértiles somos: hacer una obra es acatar todas esas incompatibilidades, todas esas oposiciones ficticias por las que enloquecen los espíritus inquietos. Mejor que nadie, el escritor debería saber lo que se le debe a estas apariencias, a estos engaños, y cuidarse bien de no otorgarles importancia alguna: si no le provocan curiosidad, si los delata, deja de pisar tierra firme, suprime sus materiales, no tiene ya nada más sobre qué ejercitarse. Y si después se vuelve hacia el absoluto, lo que ahí encontrará, en el mejor de los casos, será la delectación en el alelamiento.

Sólo un Dios ávido de imperfección en sí mismo y fuera de sí, sólo un Dios devastado podía imaginar y realizar la creación, y sólo un ser igualmente desapacible puede pretender una operación del mismo género. Si la sensatez ocupa el primer lugar entre los factores de la esterilidad, es porque trata de reconciliarnos con el mundo y con nosotros mismos; es la mayor desgracia que puede abatirse sobre nuestros talentos, los hace *juiciosos*, es decir que los mata, que socava nuestras profundidades, nuestros secretos, persigue aquellas de nuestras cualidades que son felizmente siniestras; la sensatez nos mira, nos sumerge, compromete todos nuestros defectos.

¿Hemos atentado contra nuestros deseos, embromado y ahogado nuestras ataduras y pasiones? Maldeciremos a aquellos que nos han animado a hacerlo y, en primer lugar, a nuestro yo sensato, nuestro más terrible enemigo, culpable de habernos curado de todo sin quitarnos la añoranza de nada. La confusión no tiene límites para aquel que suspira por sus arrebatos de antaño y que, desconsolado por haber triunfado sobre ellos, se ve sucumbir al veneno de la quietud. Una vez que hemos percibido la nulidad de todos los deseos, es necesario un esfuerzo sobrehumano de obnubilación, *es necesaria la santidad*, para poder experimentarlos de nuevo y abandonarse a ellos sin reflexión. El detractor de la sensación, si fuera creyente, no cesaría de repetir: «Señor, ayúdame a caer en lo más bajo, a revolcar-

me en el fango de todos los errores y de todos los crímenes, inspírame palabras que te quemen y me devoren, que *nos* reduzcan a cenizas». No se puede saber lo que es la nostalgia de la decadencia si no se ha tenido la nostalgia de la pureza hasta sentir náuseas. Cuando se ha soñado demasiado con el paraíso, y el más allá se ha vuelto familiar, acabamos por llegar a la irritación y a la lasitud. El hartazgo del otro mundo conduce al ansia amorosa por el infierno. Sin esta obsesión, las religiones, en lo que tienen de verdaderamente *subterráneo*, serían incomprensibles. La repulsión por los elegidos, la atracción por los réprobos, es el doble movimiento de todos aquellos que sueñan con sus antiguas locuras y que cometerían cualquier pecado con tal de no tener que escalar «el camino de la perfección». Su desesperación es comprobar los progresos que han hecho en lo que se refiere a desprendimiento cuando sus inclinaciones no los destinaban a sobresalir en ello. En las *Questions de Milinda*, el rey Menandro le pregunta al asceta Nagasena qué es lo que distingue al hombre sin pasión del hombre apasionado: «El hombre apasionado, ¡oh rey!, cuando come gusta el sabor y la pasión del sabor; el hombre sin pasión gusta el sabor pero no se apasiona por el sabor». Todo el secreto de la vida y el arte, todo lo de *aquí abajo*, reside en esta «pasión del sabor». Cuando ya no la sentimos más, sólo nos queda, en nuestro desamparo, el recurso de una sonrisa exterminadora.

Avanzar por entre el desapego es privarnos de todas nuestras razones para actuar, es, al perder el beneficio de nuestros defectos y de nuestros vicios, zozobrar en ese estado que se llama *cafard* —ausencia que sigue a la desaparición de nuestros apetitos, ansiedad degenerada en indiferencia, hundimiento en la neutralidad. Si en la sensatez uno se sitúa por encima de la vida y la muerte, en el *cafard* (en tanto fracaso de la sensatez) se cae por debajo de ellas. Es ahí donde se igualan las apariencias, donde se invalida la diversidad. Las consecuencias de esto son desastrosas, especialmente para el escritor, pues si todos los aspectos del mundo se equivalen, no podrá inclinarse por ninguno en especial, y de ahí su imposibilidad para escoger un *tema*: ¿cuál preferir si incluso los objetos son intercambiables e indistintos? De este desierto perfecto incluso el *ser* está fuera como algo demasiado pintoresco. Nos encontramos en el corazón de lo indiferenciado, del Uno monótono y sin falla donde, en lugar de la ilusión, se despliega una iluminación *postrada* que todo nos revela, pero cuya revelación nos es tan contraria que únicamente pensamos en olvidarla. Con todo lo que sabe, con lo que conoce, nadie puede salir avante, y menos aún el hombre de *cafard* que vive en medio de una *pesada* irrealidad: la no existencia de las cosas le pesa. Para realizarse, para respirar incluso, tendrá que liberarse de su ciencia. Así es cómo concibe la salvación: a través del no-saber. Sólo accederá a ella si se

encarniza contra el espíritu de desinterés y de objetividad. Un juicio «subjetivo», parcial, mal fundado, constituye una fuente de dinamismo: a nivel del acto sólo lo falso está cargado de realidad, pero cuando estamos condenados a una visión *exacta* de nosotros mismos y del mundo, ¿a qué adherirse y contra qué sublevarse aún?

Había un loco en nosotros, el sensato lo ha echado fuera. Con él se ha ido lo más precioso que poseíamos, lo que nos hacía aceptar las apariencias sin tener que practicar a cada paso esta discriminación, tan ruinosa para ellas, entre lo real y lo ilusorio. Mientras el loco estaba ahí, no teníamos nada que temer, ni tampoco las apariencias que, milagro ininterrumpido, se metamorfoseaban en cosas ante nuestros ojos. Desaparecido él, ellas pierden su rango y recaen en su indigencia primitiva. El loco le daba sabor a la existencia, era la existencia. Ahora, ningún interés, ningún punto de apoyo. El verdadero vértigo es la ausencia de la locura.

Realizarse es abocarse a la embriaguez de lo múltiple. En el Uno lo único que cuenta es el Uno. Rompámoslo pues, si queremos escapar al hechizo de la indiferencia, si queremos que llegue a su fin la monotonía en nosotros y fuera de nosotros. Todo lo que centellea en la superficie del mundo, todo lo que en él se considera *interesante*, es fruto de embriaguez y de ignorancia. Pasada la embriaguez, sólo distinguimos alrededor saciedad y desolación.

Fuera de la ceguera, la diversidad se deshace al contacto del *cafard* —saber fulminado, gusto perverso por la identidad y horror de lo nuevo. Cuando este horror se apodera de nosotros y ya no hay acontecimiento que no nos parezca impenetrable y risible a la vez, ni cambio de cualquier tipo que no proceda del misterio y de la farsa, no es en Dios en quien pensamos, es en la deidad, en la esencia inmutable que no se digna crear, ni aun existir, y que, por su ausencia de determinación, prefigura ese instante indefinido y sin sustancia, símbolo de nuestra inconclusión.

Si, en según el testimonio de la antigüedad, el Destino gusta de echar a perder todo lo que se edifica, el *cafard* sería el precio que el hombre debería pagar por su elevación. Pero el *cafard*, más allá del hombre, afecta sin duda, aunque en menor grado, a todo ser vivo que de una manera u otra se aparta de sus orígenes. La vida misma está expuesta al *cafard* desde el momento en que acorta su paso y se calma el frenesí que la sostiene y anima. ¿Qué es ella, en último recurso, sino un *fenómeno de furor*? Furia bendita a la cual es importante entregarse. Desde el momento en que nos arrebatara, nuestros impulsos insatisfechos se despiertan: mientras más refrenados estuvieron, mayor es su desencadenamiento. A pesar de su aspecto desolador, el espectáculo que en esos momentos ofrecemos prueba que nos reintegramos a nuestra verdadera condición, a nuestra naturaleza, aunque sea despreciable e in-

clusive odiosa. Más vale ser abyecto sin esfuerzo que «noble» por imitación o persuasión. Siendo preferible un vicio innato a una virtud adquirida, se siente uno necesariamente incómodo ante aquellos que no se aceptan, ante el monje, el profeta, el filántropo, el avaro que se somete al gasto, el ambicioso a la resignación, el arrogante a la prevención, ante todos los que se vigilan, sin exceptuar al sensato, el hombre que se controla y se constriñe, aquél que no es nunca *él mismo*. La virtud adquirida forma un cuerpo extraño, no la amamos ni en nosotros ni en los demás: es una victoria sobre uno mismo que nos persigue, un éxito que nos agobia y nos hace sufrir aun cuando nos sintamos orgullosos de él. Que cada quien se contente con lo que es: ¿no es acaso tener predilección por la tortura y la desgracia querer ser mejor a toda costa?

No hay libro edificante, ni inclusive cínico, en donde no se insista sobre los daños de la cólera, esa hazaña, esa gloria del furor. Cuando la sangre se sube a la cabeza y empezamos a temblar, en un instante se anula el efecto de días y días de meditación. Nada más ridículo ni más degradante que un tal acceso, inevitablemente desproporcionado a la causa que lo desencadenó; sin embargo, pasado el acceso se olvida el pretexto, mientras que un furor concentrado corroe hasta el último de nuestros suspiros. Lo mismo sucede con las humillaciones que nos han infringido y que hemos soporado «dignamente». Si ante la afrenta que nos

fué hecha, reflexionando en las represalias, hemos oscilado entre la bofetada y el perdón, esta oscilación, al hacernos perder un tiempo precioso, habrá consagrado nuestra cobardía. Es una vacilación de graves consecuencias, una falta que nos oprime, mientras que una explosión, aunque termine en algo grotesco, nos hubiera aliviado. Tan penosa como necesaria, la cólera nos impide caer presa de obsesiones y nos ahorra el riesgo de complicaciones serias: es una crisis de demencia que nos preserva de la demencia. Mientras podamos contar con ella, con su aparición regular, nuestro equilibrio estará asegurado, y también nuestra vergüenza. Es cierto que la cólera es un obstáculo para el avance espiritual pero para el escritor (ya que es precisamente su caso el que tratamos aquí) no es bueno, incluso es peligroso que llegue a dominar sus arranques. Que los sustente como pueda, bajo pena de muerte literaria.

En la cólera uno se siente vivir, pero como desgraciadamente no dura mucho, hay que resignarse a sus subproductos que van desde la maledicencia hasta la calumnia y que, de todas maneras, ofrecen más recursos que el desprecio, demasiado débil, demasiado abstracto, sin calor ni aliento, e incapaz de procurar el menor bienestar. Cuando uno se aparta del desprecio descubre maravillado la voluptuosidad que hay en ensuciar a los demás, se encuentra uno al mismo nivel que ellos, lucha, no se está más *solo*. Antes uno examinaba a los otros por

el placer teórico de encontrar su punto débil, ahora para derribarlos. Quizá no debería uno ocuparse más que de sí mismo : es deshonesto, es innoble juzgar a los otros ; sin embargo, es lo que todo el mundo hace, y abstenerse equivaldría a estar fuera de la humanidad. El hombre es un animal lleno de hiel, y cualquier opinión que emite sobre sus semejantes lleva ya algo de degradación. No es que no pueda hablar bien de los demás, pero experimenta una sensación de placer y de fuerza sensiblemente menor que cuando habla mal. Si rebaja y injusticia a sus semejantes, no es tanto para dañarlos como para salvaguardar sus propios residuos de cólera, sus restos de vitalidad, para escapar a los efectos debilitadores que trae consigo una larga práctica del desprecio.

El calumniador no es el único que saca provecho de la calumnia, pues ésta le sirve igual, o más, al calumniado, a condición, sin embargo, de que la resienta vivamente, pues de esta manera le confiere un vigor insospechado, tan provechoso para sus ideas como para sus músculos ; la calumnia lo incita a odiar ; ahora bien, el odio no es un sentimiento sino una fuerza, un factor de diversidad que hace prosperar a los seres a expensas del ser. Cualquiera que aprecie su status de *individuo*, debe buscar todas las ocasiones en que se vea obligado a odiar ; siendo mejor la calumnia, estimarse su *víctima*, es emplear una expresión impropia, es desconocer las ventajas que se pueden sacar de ella. Tanto el mal que se dice de noso-

tros como el mal que se nos hace, sólo es válido si nos hiere, si nos fustiga y despierta. ¿Tenemos la desgracia de ser insensibles a él? Caeremos entonces en un desastroso estado de vulnerabilidad, pues perdemos los privilegios inherentes a los golpes dados por los hombres, e incluso a los dados por la suerte (quien está por encima de la calumnia, estará sin dificultad por encima de la muerte). Si lo que se dice de nosotros no nos atañe de ninguna manera, ¿por qué agotarse en una tarea inseparable de las aprobaciones exteriores? ¿Se puede concebir una obra que sea producto de una autonomía absoluta? Volverse invulnerable es cerrarse a la casi totalidad de las sensaciones que se tienen en la vida en común. Mientras más se inicia uno en la soledad, más se desea abandonar la pluma. ¿De qué y de quién hablar si los otros no cuentan ya, si nadie merece la dignidad de enemigo? Dejar de reaccionar ante la opinión ajena es un síntoma alarmante, una superioridad fatal adquirida en detrimento de nuestros reflejos y que nos sitúa en la posición de una divinidad atrofiada, feliz de no moverse más porque nada encuentra que merezca la pena un gesto. Por el contrario, sentirse existir es empecinarse en aquello que es manifiestamente mortal, es dedicar un culto a la insignificancia, irritarse perpetuamente en el seno de la inanidad, buscarle tres pies al gato.

Aquellos que ceden a sus emociones o a sus caprichos, aquellos que se dejan llevar por la

cólera a lo largo de todo el día, están a salvo de trastornos graves. (El psicoanálisis sólo interesa a los anglosajones y a los escandinavos que tienen la desgracia de «saber comportarse», en cambio, apenas si intriga a los pueblos latinos.) Para ser normales, para conservarnos en buena salud, no deberíamos tomar ejemplo del cuerdo sino del niño: rodar por tierra y llorar todas las veces que nos venga en gana, ¿hay algo más lamentable que desearlo y no atreverse a hacerlo? Por haber desaprendido las lágrimas nos hemos quedado sin recursos—inútilmente limitados a nuestros ojos—. En la antigüedad se lloraba, también en la Edad Media o durante el Gran Siglo (y según Saint-Simon el rey lo hacía bastante bien). Desde entonces, fuera del intermedio romántico, se desacreditó uno de los más eficaces remedios que jamás haya poseído el hombre. ¿Se trata de un descrédito pasajero o de una nueva concepción del honor? Lo que parece seguro es que toda una parte de los infortunios que nos acosan, todos esos males difusos, insidiosos, indespistables, vienen de la obligación que tenemos de no exteriorizar nuestros furores o aflicciones, y de no dejarnos llevar por nuestros más antiguos instintos.

Deberíamos tener la capacidad de aullar un cuarto de hora al día, cuando menos, y habría que crear, con ese fin, «aulladeros». «¿La palabra en sí, objetarán algunos, no aligera ya suficientemente?, ¿por qué regresar a usos tan gastados?». Convencional por defini-

la palabra esta vacía, extenuada, sin contacto con nuestras profundidades no hay ninguna que emane o descienda de ellas. Si en el principio, cuando hizo su aparición, podía servir, ahora es diferente: no hay una sola palabra, ni siquiera aquéllas que se transforman en maldiciones, que contenga la menor virtud tónica: la palabra se sobrevive en un largo y lastimoso desuso. No obstante el principio de anemia que padece, ejerce sobre nosotros su influencia nociva. El aullido, por el contrario, modo de expresión de la sangre, nos subleva, nos fortifica y a veces nos cura. Cuando tenemos la dicha de entregarnos a él nos sentimos de inmediato próximos a nuestros lejanos ancestros que, seguramente, rugían sin cesar en sus cavernas, todos, incluso aquéllos que embadurnaban las paredes. Contrariamente a esos tiempos felices, hoy estamos reducidos a vivir en una sociedad tan mal organizada, que el único lugar donde se puede aullar impunemente es el asilo de locos. De esta manera nos está prohibido el único método que tenemos para desembarazarnos del horror que nos producen los demás y del horror de nosotros mismos, ¡si por lo menos hubiera libros de consuelo! Pero hay muy pocos, por la razón de que no hay consuelo, ni podrá haberlo mientras no se sacudan las cadenas de la lucidez y de la decencia. El hombre que se contiene, que se domina en todo encuentro, el hombre «distinguido» es, en suma, un per-

quiera que «sufre en silencio». Si tendemos a un mínimo de equilibrio, auspiciémonos en el grito, no perdamos ninguna ocasión de hacerlo y de proclamar su urgencia. El furor nos ayudará ya que, por otra parte, procede del fondo mismo de la vida. Así, no es de extrañar que la cólera sea particularmente efectiva en las épocas en que la salud se confunde con la convulsión y el caos, en las épocas de innovación religiosa. No hay compatibilidad posible entre religión y sensatez: la religión es conquistadora, combativa, agresiva, sin escrúpulos, carga con todo y no le preocupa ni se detiene ante nada. Lo admirable con ella es que consiente en favorecer nuestros más bajos sentimientos, sin lo cual, por supuesto, no haría presa de nosotros tan fácilmente. Con ella puede uno ir tan lejos como quiera, en cualquier dirección. Impura, puesto que es solidaria de nuestra vitalidad, nos invita a todos los excesos y no fija un límite ni a nuestra euforia ni a nuestro derrumbe en Dios.

Y es porque la sensatez no dispone de ninguna de estas ventajas, por lo que resulta tan nefasta para el que quiere manifestarla y ejercer sus dones. La cordura es ese continuo despojo al cual sólo se acerca uno saboteando lo que se posee de irremplazable, para bien y para mal. La sensatez no desemboca en nada, es el callejón sin salida erigido como disciplina. ¿Qué puede oponer al éxtasis que excusa y redime a las religiones en su totalidad? Única-

mente un sistema de capitulaciones: la retención, la abstención, el retroceso, no sólo con respecto a este mundo sino a todos los mundos, una serenidad mineral, un gusto por la petrificación —tanto por miedo al placer como al dolor—. Al lado de un Epicteto, cualquier santo, cristiano u otro, parece un rabioso. Los santos son temperamentos afiebrados e histriónicos que seducen y arrebatan: halagan las debilidades de los otros en la misma violencia que ponen al denunciarlas. Por otra parte, se tiene la impresión de que con ellos uno podría *entenderse*: bastaría un mínimo de extravagancia o de habilidad. Con los sensatos, por el contrario, ni compromiso ni aventura. Encuentran el furor odioso y hacen a un lado todas sus manifestaciones al asimilarlas a una fuente de trastornos. El hombre de *cafard* piensa que se trata más bien de una fuente de energía y se acoge a ella porque la sabe positiva, dinámica, aunque pueda volverse contra él mismo.

No es en la inercia cuando uno se mata, es en un acceso de furia contra sí (Ajax perdura como el prototipo del suicida), es en la exasperación de un sentimiento que podría definirse de la siguiente manera: «Ya no puedo soportar más tiempo el estarme *decepcionando* de mí mismo». De este sobresalto supremo en lo más profundo de una decepción de la cual somos objeto, aunque sólo lo hubiéramos presentado en raros intervalos, guardaríamos la obsesión a pesar de haber *decidido* no matar-

nos. Si a través de los años una «voz» nos asegurara que no levantaríamos la mano contra nosotros, esa voz, con la edad, iría haciéndose menos perceptible. Es así cómo, mientras más avanzamos más a merced estamos de algún silencio *fulgurante*.

Aquel que se mata demuestra que bien podría haber matado, que incluso resentía este impulso, pero que lo dirigió contra sí mismo. Y si tiene aspecto taimado, *por debajo*, es porque sigue los meandros del odio de sí mismo, y porque medita, con pérfida crueldad, el golpe bajo el cual sucumbirá, no sin antes haber reconsiderado su nacimiento, que se apresurará a maldecir. Es, efectivamente, el nacimiento al que hay que detestar si se quiere extirpar el mal de raíz. Abominarlo es razonable y, no obstante, difícil e inhabitual. Uno se rebela contra la muerte, contra lo que debe sobrevivir; el nacimiento, suceso irreparable en otro sentido, se hace a un lado, no nos preocupamos por él: se presenta tan lejano en el pasado como el primer instante del mundo, y sólo aquel que sueña con suprimirse se remonta hasta él; se diría que no puede *olvidar* el mecanismo innombrable de la procreación y que trata, a través de un horror retrospectivo, de aniquilar el germen mismo del que ha salido.

Inventivo y emprendedor, el furor de la autodestrucción no se limita a arrancar al individuo de la torpeza, también se apodera de las naciones y les permite renovarse haciéndoles

cometer actos en contradicción flagrante con sus tradiciones. Aquella nación que parecía encaminarse hacia la esclerosis, se orientaba en realidad hacia la catástrofe, y se hacía secundar por la misma misión que se había arrogado. Dudar de la necesidad del desastre es resignarse a la consternación, es situarse en la imposibilidad de comprender la boga de la fatalidad en ciertos momentos. La clave de todo lo inexplicable que hay en la historia bien podría encontrarse en el furor contra sí, en el terror a la saciedad y a la repetición, en el hecho de que el hombre preferirá siempre lo inesperado a la rutina. El fenómeno se concibe igualmente a nivel de las especies. ¿Cómo admitir si no que tantas de ellas hayan desaparecido sólo por el capricho del clima? ¿No es más verosímil que los grandes mamíferos, al cabo de millones y millones de años, hayan terminado por estar hartos de tanto arrastrarse por la superficie del globo y hayan alcanzado ese grado explosivo de hastío en el que el instinto, rivalizando con la conciencia, se disputa consigo mismo? Todo lo que está vivo se afirma y se niega en el frenesí. Dejarse morir es signo de debilidad; aniquilarse, de fuerza. Lo que es de temer es la caída en ese estado en el que ya ni siquiera es posible imaginar el deseo de destruirse.

Es paradójico, y quizá deshonesto, hacer el proceso de la indiferencia después de haberla presionado durante tanto tiempo para que nos acordara la paz y la incuriosidad del cadáver.

¿Por qué retrocedemos cuando por fin empieza a decidirse y aún conserva para nosotros el mismo prestigio? ¿No es acaso una traición este encarnizamiento contra el ídolo que más hemos venerado?

Un elemento de felicidad entra innegablemente en todo cambio súbito, incluso se adquiere una sobrecarga de vigor: el renegar *rejuvenece*. Nuestra fuerza se mide por el número de creencias que hemos abjurado, así, cada uno de nosotros debería concluir su carrera como desertor de todas las causas. Si, a pesar del fanatismo que nos ha inspirado, la Indiferencia acaba por asustarnos, por parecernos intolerable, es porque, justamente, al suspender el curso de nuestras deserciones, ataca el principio mismo de nuestro ser y detiene su expansión. ¿Llevará en sí alguna esencia negativa de la cual no hemos sabido desconfiar a tiempo? Adoptándola sin reservas no podíamos evitar esas angustias de la incuriosidad radical en las que no se sumerge uno sin salir irreconocible. Aquel que solamente las ha entrevisto, no aspira ya a parecerse a los muertos ni a mirar como ellos hacia otra parte, hacia cualquier cosa, salvo hacia la apariencia. Lo que quiere es regresar entre los vivos y volver a encontrar, cerca de ellos, sus antiguas miserias, las que ha pisoteado en su prisa hacia el desapego.

Seguir los pasos de un sensato, si uno no lo es ya de por sí, es descarriarse. Tarde o temprano uno se fatiga de él, rompe todo lazo,

aunque sólo sea por la pasión de la ruptura, le declara la guerra, como hay que declarársela a todo, empezando por el ideal que no se pudo alcanzar. Cuando se han invocado durante años a Pirron y a Lao Tse, ¿es acaso admisible traicionarlos en el momento en que se estaba imbuido más que nunca de sus enseñanzas? Pero, al traicionarlos de una vez por todas, ¿puede uno tener la presunción de considerarse su víctima cuando lo único que se les podría reprochar es que están en lo cierto? No es de ninguna manera comfortable la condición de aquel que, después de haberle pedido a la sensatez que lo liberara del mundo y de sí mismo, termina por execrarla, por no ver en ella sino un obstáculo más.

Inútil intentar asirme a los segundos, los segundos se evaden: no hay uno que no me sea hostil, que no me rechace y haga patente su negación a exponerse conmigo. Inabordables todos, uno tras otro proclaman mi soledad y mi derrota.

Sólo podemos actuar si nos sentimos llevados y protegidos por ellos. Cuando nos abandonan, nos falta el resorte indispensable para llevar a cabo cualquier acción, ya sea capital o sin importancia. Indefensos, sin apoyo, afrontamos así una inusitada desgracia: la de no tener derecho al tiempo.

Amontono lo gastado, no dejo de fabricarlo y de precipitar en él al presente, sin otorgarle el ocio de agotar su propia duración. Vivir es experimentar la magia de lo posible; pero cuando en lo posible se percibe incluso lo gastado que está *por venir*, todo se vuelve virtualmente pasado, y ya no hay ni presente ni futuro. Lo que distingo en cada instante es un jaeo, y su estertor, no la transición hacia otro instante. Elaboro tiempo muerto, me revuelco en la asfixia del devenir.

Los otros se precipitan en el tiempo: yo he caído del tiempo. A la eternidad que se levantaba por encima de él se sustituye esa otra que se sitúa debajo, zona estéril donde sólo existe

un deseo : reintegrar el tiempo, levantarse por encima de él cueste lo que cueste, quitarle una parcela para instalarse en ella, para darse la ilusión de un *chez-soi*. Pero el tiempo está cerrado, está fuera de alcance : y es la imposibilidad de penetrar en él lo que hace que esa eternidad sea negativa, una *mala* eternidad.

El tiempo se ha retirado de mi sangre ; uno al otro se sostenían y fluían al unísono ; ahora que se han quedado fijos, ¿acaso es extraño que nada *sobrevenga*? Sólo si volvieran a manar podrían reclasificarme entre los vivos y desentombrarme de esta subeternidad en la que me encharco. Pero ni lo quieren ni lo pueden. Han de haberlos hechizado : no se mueven más, son de hielo. Ningún instante trata siquiera de insinuarse en mis venas. Una sangre polar por los siglos de los siglos.

Todo lo que respira, todo lo que está teñido de ser, se desvanece en lo inmemorial. ¿He saboreado alguna vez realmente la savia de las cosas? ¿Cuál era su sabor? Por ahora me es inaccesible, e insípido. Saciedad *por carencia*.

Sin embargo, aunque no *sienta* el tiempo y esté más alejado de él que nadie, lo conozco, lo observo sin cesar : ocupa el centro de mi conciencia. Incluso de aquél que lo creó, ¿cómo creer que haya pensado y meditado tanto en él? Dios, si es verdad que lo creó, no sabría conocerlo profundamente porque no forma parte de sus hábitos hacer de él el objeto de sus cavilaciones. Pero yo, ésa es mi convicción, yo fui eliminado del tiempo con el único fin

de formar con él la materia de mis obsesiones. Lo cierto es que me confundo con la nostalgia que me inspira.

Y suponiendo que antaño haya yo vivido en el tiempo, ¿cuál era, y por qué medios he de representarme su naturaleza? La época en la que él me era familiar me es extraña, ha desertado de mi memoria, no pertenece más a mi vida. E incluso creo que me sería más difícil asentarme en la eternidad verdadera que reinstalarme en él. ¡Piedad para el que estuvo en el Tiempo y no podrá ya jamás estar en él!

(Desfallecimiento sin nombre: ¿cómo pude encapricharme con el tiempo si siempre he concebido mi salvación fuera de él y vivido siempre con la certeza de que él estaba a punto de gastar sus últimas reservas y que, carcomido por dentro, atacado en su esencia, adolecía de duración?)

Sentados al borde de los instantes para contemplar su paso, acabamos por no distinguir sino una sucesión sin contenido: tiempo que ha perdido su sustancia, tiempo abstracto, variedad de nuestro vacío. Una vez más, y, de abstracción en abstracción, se desmenuza por nuestra culpa y se convierte en *temporalidad*, en sombra de sí mismo. Nuestro deber entonces es devolverle la vida y adoptar frente a él una actitud neta, desprovista de ambigüedad. Mas ¿cómo lograrlo si nos inspira sentimientos irreconciliables, un paroxismo de repulsión y de fascinación?

Las maneras equívocas del tiempo se en-

cuentran en todos aquellos que hacen de él su máxima preocupación y que, dándole la espalda a su contenido positivo, se inclinan sobre sus límites dudosos, sobre la confusión que él provoca entre el ser y el no-ser, sobre su despreocupación y su versatilidad, sobre sus equívocas apariencias, su doble juego, su insinceridad fundamental. Una *falsa moneda* a escala metafísica. Mientras más se le examina, más se le asimila a un personaje del que sospechamos constantemente, al que se desearía desenmascarar y del cual acaba uno por padecer el ascendiente y la atracción. De ahí a la idolatría y a la esclavitud sólo hay un paso.

He *deseado* en demasía al tiempo como para no falsear su naturaleza, lo he aislado del mundo, he hecho de él una realidad independiente de cualquier otra realidad, un universo solitario, un sucedáneo de lo absoluto: operación singular que lo separa de todo lo que supone y de todo lo que lleva consigo, metamorfosis del figurante en protagonista, promoción abusiva e inevitable. No podría negar que logró obnubilarme, pero no previó que un día yo iba a pasar de la obsesión a la lucidez, con la amenaza que esto implica para él.

El tiempo está de tal manera constituido, que no resiste la insistencia del espíritu en sondearlo. Ante ella su espesor desaparece, su trama se deshilacha y quedan únicamente jirones con los que el analista debe conformarse. Y es que el tiempo no está hecho para ser conocido, sino para ser vivido: escudriñarlo,

excavarlo, es envilecerlo, es transformarlo en objeto. Quien en ello se empeña acabará por tratar de la misma manera a su propio yo. Todo análisis es una profanación, y es indecente entregarse a él. A medida que, para removerlos, descendemos en nuestros secretos, pasamos de la incomodidad al malestar y del malestar al horror. El conocimiento de uno mismo se paga siempre demasiado caro, como, por otra parte, todo conocimiento, y si el hombre llegara a alcanzar el fondo de éste, apenas se dignaría a seguir viviendo. En un universo *explicado* sólo la locura tendría sentido. Una cosa que se ha agotado deja de ser tomada en cuenta. De la misma manera si hemos penetrado a alguien: en tal caso, lo mejor para él sería desaparecer. Es menos por reacción de defensa que por pudor, por el deseo de esconder su irrealidad, que todos los humanos llevan una máscara. Arrancárselas es perderlos y perderse. Decididamente no es bueno demorarse bajo el Árbol de la Ciencia.

Hay algo sagrado en todo ser que ignora su propia existencia, en toda forma exenta de conciencia. Aquel que nunca ha envidiado al vegetal, ha pasado a un lado del drama humano.

Por haber hablado mal de él, el tiempo se venga: me sitúa en posición de pedigüeño, me obliga a deplorarlo. ¿Cómo pude asimilarlo al infierno? El infierno es ese presente que no se mueve, esa tensión en la monotonía, esa eternidad vuelta al revés y que no se abre hacia

nada, ni siquiera hacia la muerte; mientras que el tiempo, que fluía, que se desovillaba, ofrecía al menos el consuelo de una espera, aunque fuera fúnebre. Pero ¿qué esperar aquí, en el límite inferior de la caída donde ya no es posible caer más, donde incluso falta la esperanza de otro abismo? ¿Y qué más esperar de esos males que nos acechan, que se muestran sin cesar, que solos tienen aire de existir y que, en efecto, solos existen? Si todo se puede volver a empezar a partir del frenesí —frenesí que representa un sobresalto de vida, una virtualidad de luz—, ni sucede lo mismo con esa desolación subtemporal, aniquilación en pequeñas dosis, hundimiento en una repetición sin salida, desmoralizante y opaca de la cual no se sabría surgir sino, precisamente, por medio del frenesí.

Cuando el eterno presente deja de ser el *tiempo* de Dios para convertirse en el del Diablo, todo se transforma en un machacar lo intolerable, todo parece en ese abismo donde se descuenta en vano el desenlace, donde se pudre uno en la inmortalidad. El que cae ahí da vueltas y vueltas, se agita sin provecho y no produce nada. De esta manera toda forma de esterilidad y de impotencia participa del infierno.

No puede uno creerse libre cuando siempre está frente a sí mismo, consigo mismo, pues esta identidad, fatalidad y angustia a la vez, nos encadena a nuestras tareas, nos jala hacia atrás y nos aleja de lo nuevo, fuera del tiem-

nada, ni siquiera hacia la muerte; mientras que el tiempo, que fluía, que se desovillaba, ofrecía al menos el consuelo de una espera, aunque fuera fúnebre. Pero ¿qué esperar aquí, en el límite inferior de la caída donde ya no es posible caer más, donde incluso falta la esperanza de otro abismo? ¿Y qué más esperar de esos males que nos acechan, que se muestran sin cesar, que solos tienen aire de existir y que, en efecto, solos existen? Si todo se puede volver a empezar a partir del frenesí —frenesí que representa un sobresalto de vida, una virtualidad de luz—, ni sucede lo mismo con esa desolación subtemporal, aniquilación en pequeñas dosis, hundimiento en una repetición sin salida, desmoralizante y opaca de la cual no se sabría surgir sino, precisamente, por medio del frenesí.

Cuando el eterno presente deja de ser el *tiempo* de Dios para convertirse en el del Diablo, todo se transforma en un machacar lo intolerable, todo parece en ese abismo donde se descuenta en vano el desenlace, donde se pudre uno en la inmortalidad. El que cae ahí da vueltas y vueltas, se agita sin provecho y no produce nada. De esta manera toda forma de esterilidad y de impotencia participa del infierno.

No puede uno creerse libre cuando siempre está frente a sí mismo, consigo mismo, pues esta identidad, fatalidad y angustia a la vez, nos encadena a nuestras tareas, nos jala hacia atrás y nos aleja de lo nuevo, fuera del tiem-

güedad por haber creído que nuestros destinos estaban inscritos en los astros y que no había ningún rastro de improvisación o de azar en nuestras alegrías y desgracias. Por no haber sabido oponer a tan noble «superstición» más que «las leyes de la herencia», nuestra ciencia se ha desprestigiado para siempre. Teníamos cada quien nuestra «estrella», y hemos ahora esclavos de una odiosa química. Es la última degradación de la idea de destino.

No es de ninguna manera improbable que esta crisis individual se convierta algún día en un hecho para todos y que adquiriera, aquí, no ya una significación psicológica, sino histórica. No se trata de una simple hipótesis: hay que saber leer en los signos.

Después de haber echado a perder la verdadera eternidad, el hombre ha caído en el tiempo donde ha conseguido, si no protestar, al menos vivir: lo cierto es que se ha acomodado en él. El proceso de esta caída y de este acomodo lleva por nombre Historia.

Pero he aquí que otra caída, cuya amplitud es aún difícil apreciar, amenaza al hombre. Esta vez no se tratará solamente de caer de la eternidad, sino del tiempo; y caer del tiempo significa caer de la historia, suspender el devenir, sumergirse en lo inerte y lo gris, en el absoluto del estancamiento donde incluso el verbo se hunde imposibilitado para izarse hasta la blasfemia o la imploración. Inminente o no, esta caída es posible, casi inevitable. Cuando sea la herencia que le toque al hombre, éste

dejará de ser un animal histórico. Y entonces, cuando haya perdido hasta el recuerdo de la verdadera eternidad, de su felicidad primera, dirigirá sus miradas hacia otra parte, hacia el universo temporal, hacia ese segundo paraíso del cual habrá sido expulsado.

Mientras continuamos en el interior del tiempo, existen semejantes con quienes tenemos que rivalizar ; pero en el momento en que dejamos de estar en él, todo lo que ellos hacen o pueden pensar de nosotros ya no nos importa, pues estamos tan despegados de ellos y de nosotros mismos que producir una obra, o pensar solamente en ella, nos parece ocioso e impertinente.

La insensibilidad hacia el propio destino es la actitud del que ha caído del tiempo y que, a medida que esta caída se va haciendo patente, se vuelve incapaz de manifestarse o de simplemente querer dejar huellas. El tiempo, convegamos en ello, constituye nuestro elemento vital, y cuando nos vemos desprovistos de él nos encontramos sin apoyo, en plena irrealidad o en pleno infierno, o en los dos a la vez : en el tedio, esa nostalgia insatisfecha del tiempo, esa imposibilidad de alcanzarlo y de insertarnos en él, esa frustración de verlo fluir allá arriba, por encima de nuestras miserias. ¡ Haber perdido tanto la eternidad como el tiempo ! El tedio es el rumiar de esta doble pérdida. Tal es el estado normal, el modo de sentir oficial, de una humanidad eyaculada finalmente de la historia.

El hombre se levanta contra los dioses y reniega de ellos, aunque sin dejar de reconocerles calidad de fantasmas; cuando sea proyectado fuera del tiempo se encontrará a tal punto lejos de ellos, que no conservará ni la menor idea, y, como castigo por este olvido, completará la experiencia de la caída total.

Aquel que quiere ser más de lo que es, no dejará de ser menos. Al desequilibrio de la tensión sucederá, en un plazo más o menos corto, el del relajamiento y del abandono. Una vez expuesta esta simetría, hay que ir más adelante y reconocer que existe misterio en la caída. El caído no tiene nada que ver con el fracasado. El caído evoca más bien la idea de alguien que ha sido golpeado sobrenaturalmente, como si un poder maléfico se hubiera ensañado contra él y hubiera tomado posesión de sus facultades.

El espectáculo de la caída es más impresionante que el de la muerte: todos los seres mueren, sólo el hombre está *llamado* a caer. Está sin aplomo frente a la vida (como, por otra parte, lo está la vida frente a la materia). Mientras más se aleja de ella, ya sea elevándose o cayéndose, más se acerca a su ruina. Que logre transfigurarse o desfigurarse, de todas maneras se extravía. Falta agregar que no puede evitar este extravío sin escamotear su destino.

*Querer* significa mantenerse a cualquier precio en un estado de exasperación y de fiebre. El esfuerzo es agotador y no está dicho

que el hombre pueda sostenerlo siempre. Creer que le está asignado sobrepasar su condición para orientarse hacia la de superhombre, es olvidar que apenas puede resistir *en tanto hombre*, y que sólo lo consigue a fuerza de tender su voluntad, su resorte, al máximo. Ahora bien, la voluntad, que contiene un principio sospechoso e incluso funesto, se voltea contra aquellos que abusan de ella. No es natural querer, o mejor dicho, habría que querer apenas lo justo para vivir; desde el momento en que se quiere más o menos de la cuenta, tarde o temprano uno acaba por perturbarse y decaer. Si la falta de voluntad constituye en sí una enfermedad, la voluntad en cuanto tal es aún peor: es a causa de ella, de sus excesos, más aún que de sus debilidades, que derivan todos los infortunios del hombre. Pero si en el estado actual en que se encuentra ya quiere demasiado, ¿qué sería de él si adquiere el estado de superhombre? Estallaría y se derrumbaría sin duda sobre sí mismo. Y sería llevado entonces, a través de un grandioso rodeo, a caer del tiempo para entrar en la eternidad de abajo, término ineludible donde, a fin de cuentas, poco importa que llegue a causa del deterioro o del desastre.



El paraíso no era un lugar soportable, de otra forma el primer hombre hubiera hallado acomodo ahí; este mundo tampoco lo es, ya que se tiene en él nostalgia del paraíso o se vive en espera de algún otro. ¿Qué hacer? ¿Adónde ir? No hagamos nada, no vayamos a ningún sitio, simplemente.

\* \* \*

No me perdono el haber nacido. Es como si, al insinuarme en este mundo, hubiese profanado un misterio, traicionado algún compromiso de gran envergadura, cometido alguna falta de gravedad sin nombre. Sin embargo, a veces soy menos tajante: nacer me parece entonces una calamidad que me afligiría no haber conocido.

\* \* \*

No son mis inicios, sino el inicio, lo que me importa. Si disputo con mi nacimiento, con una obsesión menor, es por no poder pelearme con el primer momento del tiempo. Todo malestar individual se refiere, en última instancia, a un malestar cosmogónico, pues cada una de nuestras sensaciones expía ese delito de

la sensación primordial en la que el ser se desliza fuera de no se sabe dónde...

\* \* \*

Durante las largas noches de las cavernas, muchos Hamlets monologaban seguramente sin cesar. Nos es permitido suponer que el apogeo del tormento metafísico se sitúa mucho antes de ese sinsabor universal consecutivo al advenimiento de la Filosofía.

\* \* \*

Sólo tienen éxito las filosofías y las religiones que nos halagan, ya sea en nombre del progreso o del infierno. Condenado o no, el hombre resiente la necesidad de encontrarse en el centro de todo. Incluso es únicamente por esta razón que es hombre, que ha *devenido* hombre. Y si un día no resintiera más esta necesidad, tendría que desaparecer para dejar paso a algún otro animal más orgulloso y más loco.

\* \* \*

El primer pensador fue sin duda el primer maniático del *por qué*. Manía inhabitual de ninguna manera contagiosa. Raros son, en efecto, los que sufren, los que están corroídos por la interrogación y que no pueden aceptar ninguna certeza porque han nacido en la consternación.

\* \* \*

En Oriente, los pensadores occidentales más curiosos, más extraños, nunca hubieran sido tomados en serio a causa de sus contradicciones. Para nosotros, en cambio, es justamente ahí donde está la razón del interés que nos despiertan. No nos atrae un pensamiento en sí, sino sus peripecias, su *biografía*, las incompatibilidades y aberraciones que se encuentran en él; nos atraen los espíritus que no saben cómo ponerse en regla con los demás ni, menos aún, consigo mismos, y que engañan tanto por capricho como por fatalidad. ¿Su marca distintiva? Una sospecha de disimulación en lo trágico, un matiz de juego incluso en lo incurable...

\* \* \*

Todo lo que aún está vivo en el folklore es anterior al cristianismo. Lo mismo ocurre con todo lo que de vivo hay en nosotros.

\* \* \*

El día en que leí la lista de casi todas las palabras de que dispone el sánscrito para designar el absoluto, comprendí que me había equivocado de camino, de país y de idioma.

\* \* \*

Lo leo por la sensación de naufragio que me produce todo lo que escribe. Al principio, comprendo; después, doy vuelta en redondo; más tarde, me veo envuelto en un torbellinoso, sin miedo, y me digo que voy a naufragar; y naufrago, efectivamente. No es, sin embargo, un verdadero naufragio — ¡sería demasiado hermoso! Retorno a la superficie, respiro, comprendo de nuevo, me sorprende ver que el autor tiene el aspecto de decir algo y de entender lo que dice, luego vuelvo a girar en redondo y me voy a pique una vez más... Todo eso pretende ser profundo y lo parece. Pero tan pronto como me recupero, percibo que todo es abstruso, y que el intervalo entre la verdadera profundidad y la profundidad concertada es tan importante como entre una revelación y una idea fija.

\* \* \*

El mayor servicio que se le puede hacer a un autor es el de prohibirle trabajar durante un cierto tiempo. Serían necesarias tiranías de corta duración para obligarle a suspender cualquier actividad intelectual. La libertad de expresarse *sin interrupción alguna*, expone los talentos a un peligro mortal, los obliga a afanarse más allá de sus recursos y les impide acumular sensaciones y experiencias. La libertad sin límites es un atentado contra el espíritu.

\* \* \*

Desde afuera, en todo clan, secta, o partido, reina la armonía; en el interior, la discordia. Los conflictos en un monasterio son tan frecuentes y están tan envenenados como en cualquier sociedad. Incluso cuando desertan del infierno, los hombres sólo lo hacen para reconstruir otro en otra parte.

\* \* \*

A un estudiante que quería saber cuáles eran mis relaciones con el autor de *Zarathustra*, le respondí que había dejado de frecuentarlo desde hacía tiempo. ¿Por qué? —preguntó él. —Porque lo encontré demasiado *naïf*...

Le reprocho sus arrebatos y hasta sus fervores. Sólo demolió ídolos para reemplazarlos por otros. Un falso iconoclasta con sus visos de adolescente, y no sé qué virginidad, qué inocencia inherente a su carrera de solitario. No observó a los hombres más que de lejos. Si los hubiese mirado de cerca, nunca hubiese concebido ni pregonado al superhombre, visión extravagante, risible, grotesca, quimera o chifladura que sólo podía surgir en el espíritu de alguien que no tuvo tiempo de envejecer, de conocer el desapego, el largo tedio sereno.

Mucho más cercano me es un Marco Aurelio. Ninguna duda por mi parte entre el liris-

mo del frenesí y la prosa de la aceptación: encuentro más consuelo, e incluso más esperanza, cerca de un emperador fatigado que junto a un profeta fulgurante.

\* \* \*

Aunque detesto al hombre, no puedo decir con la misma facilidad: detesto al *ser* humano. Y eso por la razón de que en la palabra *ser* hay algo pleno, enigmático y atractivo, cualidades extranjeras a la idea de hombre.

\* \* \*

En un libro gnóstico del segundo siglo de nuestra era, se dice: «La plegaria del hombre triste no tiene nunca la fuerza de elevarse hasta Dios».

... Como sólo rezamos en la desolación, se deducirá que jamás ninguna plegaria ha llegado a su destino.

\* \* \*

Es raro encontrar un espíritu libre, y cuando se le encuentra, percibimos que lo mejor de él mismo no se revela en sus obras (cuando se escribe, se llevan misteriosamente cadenas), sino en sus confidencias donde, liberado de sus convicciones o de sus poses, así como de cualquier preocupación de rigor o de honorabilidad, expone sus debilidades. Y donde aparece como un hereje con respecto a sí mismo.

\* \* \*

Aristóteles, Tomás de Aquino, Hegel —tres esclavizadores del espíritu. La peor forma de despotismo es el *sistema*, en filosofía y en todo.

\* \* \*

Sin la idea de un universo fracasado, el espectáculo de la injusticia bajo todos los regímenes haría que hasta un abúlico vistiera camisa de fuerza.

\* \* \*

Bajo cualquier circunstancia debe uno ponerse del lado de los oprimidos, incluso cuando van errados, pero sin perder de vista que están amasados con el mismo barro que sus opresores.

\* \* \*

Los romanos, los turcos, los ingleses, pudieron fundar imperios durables porque, refractarios a cualquier doctrina, no impusieron ninguna a las naciones sometidas. Nunca hubieran logrado ejercer una hegemonía tan larga si los hubiese aquejado algún vicio mesiánico. Opresores inesperados, administradores parásitos, señores sin convicción, tenían el arte de combinar autoridad e indiferencia, rigor y

*laisser aller*. Fue ese arte, secreto del verdadero amo, lo que antaño faltó a los españoles, así como falta a los conquistadores de nuestros días.

\* \* \*

Hesiodo fue el primero en elaborar una filosofía de la historia. También fue él quien lanzó la idea de decadencia. ¡Cuánta luz proyectó sobre el devenir histórico! Si en los orígenes en pleno mundo posthomérico, consideró que la humanidad se encontraba en la edad de hierro, ¿qué habría dicho algunos siglos más tarde?, ¿qué diría hoy?

Salvo en épocas obnubiladas por la frivolidad o la utopía, el hombre siempre pensó que se encontraba al borde de lo peor. Sabiendo lo que sabía, ¿merced a qué milagro pudo variar sin cesar sus deseos y sus terrores?

\* \* \*

Si es verdad que al morir volvemos a ser lo que éramos antes de nacer, ¿no hubiera sido preferible mantenerse en la pura posibilidad, no salir de ella? ¿De qué sirve este paréntesis cuando podríamos haber permanecido para siempre en una plenitud irrealizada?

\* \* \*

Los místicos y sus «obras completas». Cuan-

do se dirige uno a Dios, y únicamente a Dios, como ellos pretenden, deberían abstenerse de escribir. Dios no *lee*...

\* \* \*

Un zoólogo que ha observado de cerca a los gorilas en África, se sorprende de la uniformidad de su vida y de su gran ociosidad. Horas y horas sin hacer nada... ¿Acaso no conocen el tedio?

Esa es la típica pregunta de un *hombre*, de un mono ocupado. Lejos de huir de la monotonía, los animales la buscan, y lo que más temen es verla cesar. Ya que sólo cesa para ser reemplazada por el miedo, causante de todo ajeteo.

La inacción es divina. Y, no obstante, el hombre se reveló contra ella. El único ser incapaz, en la naturaleza, de soportar la monotonía, quiere a toda costa que algo suceda, cualquier cosa. Con ello se muestra indigno de su ancestro: la necesidad de novedad es lo propio de un gorila descarriado.

\* \* \*

Cualquiera puede tener de vez en cuando el sentimiento de ocupar sólo un punto y un instante; conocer ese sentimiento día y noche, durante todas las horas, es menos común. Y nos tornamos, a partir de esta experiencia, de este antecedente, hacia el nirvana o el sarcasmo, o hacia los dos a la vez.



«¿Pero qué es, ¡oh!, qué es, en toda cosa, lo que súbitamente falta?» —Apenas se hizo la pregunta, el poeta, tan aterrado por la evidencia de la que surge como por el abismo adonde conduce, se levantó en su contra y libró, para comprometerla, para arruinar su insidiosa autoridad, un combate del que ignoramos los detalles y las vicisitudes, así como ignoramos qué secretos esconde esta abstracta confidencia: «No existe historia más que del alma.» Rehacio a enterarnos de su propia historia, nos condena a adivinarla o a construirla, se esconde incluso detrás de las confesiones a las que sí consiente y no acepta que toquemos las «llaves puras» de su exilio. Impenetrables por pudor, no propenso a las abdicaciones de la limpidez, a los compromisos de la transparencia, ha multiplicado sus máscaras, y, si se ha dilatado fuera de lo inmediato y de lo acabado, fuera de esa inteligibilidad que es límite y consentimiento en última instancia, no es para apegarse a lo vago, preludio poético a la vacuidad, sino para «atormentar al Ser», único modo para él de escapar al terror de la carencia, a la percepción fulgurante de lo que, en toda cosa, «falta». Raramente dado, casi siempre conquistado, el Ser bien merece el honor de una mayúscula; en este caso, la con-

quista es tan rutilante que se diría emana más bien de una revelación que de un proceso o de una lucha. De ahí la frecuencia de la sorpresa, de la sensación de lo instantáneo. «Y de pronto, todo me es fuerza y presencia, donde aún humea el tema de la nada.» —«El mar mismo, como una ovación súbita...» Además de la interrogación abismal citada más arriba, el acento estará puesto sobre lo súbito para marcar la emergencia y la soberanía de lo positivo, la transfiguración de lo inanimado, la victoria sobre el vacío. Haber cantado al exilio, haber reemplazado lo mejor posible el *Yo* por *El Extranjero*, y, no obstante, reconciliarse con el *mundo*, anclarse en él, hacerse el portavoz: tal es la paradoja de un lirismo continuamente triunfal, donde cada palabra se inclina sobre la cosa que traduce para resaltarla, para izarla a un orden al que no parecía prometida, al milagro de un sí nunca vencido, y englobarla en un himno a la diversidad, a la imagen cambiante del Uno. Lirismo erudito y virgen, concertado y original, proveniente de una ciencia de las savias, de una ebriedad sabia de los elementos, presocrática y anti-bíblica, que asimila a lo sagrado todo lo que es susceptible de llevar un nombre, todo sobre lo que el lenguaje —ese verdadero salvador— puede tener dominio. Justificar las cosas es bautizarlas, es tratar de arrancarlas de su oscuridad, de su anonimato; en la medida en que lo logra, las amará a todas, hasta a ese «gólgota de basura y de chatarra» que es la ciudad moderna.

(Incluso el recurso irónico a la terminología cristiana es de un extraño efecto en una obra fundamentalmente pagana.)

Emanación y exégesis de un demiurgo, el Poema, que, en la visión de Perse nace, tanto de la cosmogonía como de la literatura, se elabora a la manera de un universo; engendra, enumera, confronta los elementos, y los incorpora a su naturaleza. Poema cerrado, subsistiendo por sí mismo y, no obstante, abierto («todo un pueblo mudo se levanta en mis frases»), rehacio y esclavizado, autónomo y dependiente, tan ligado a la expresión como a lo expresado, al sujeto que se saborea a sí mismo y al sujeto que registra, es éxtasis y enumeración, absoluto e inventario. A veces, sensibles solamente a sus aspectos formales, y olvidando que antes se hunde en la realidad, estamos tentados de leerlo como si se agotara en sus prestigios sonoros y no correspondiera a nada objetivo, a nada perceptible. «Es bello como el sánscrito», exclama entonces nuestro yo pasivo y hechizado que se deja llevar por la voluptuosidad del lenguaje como tal. Pero este lenguaje, una vez más, se adhiere al objeto y refleja sus apariencias. El espacio que prefiere es ese «Raum der Rühmung» caro a Rilke, ese espacio de la celebración, donde lo real, nunca faltante, tiende hacia un excedente de ser donde toda cosa participa de lo supremo porque nada cae bajo la maldición de lo intercambiable, fuente de la negación y del cinismo. La existencia no tiene legitimidad o precio más

que si es capaz de distinguir, incluso a nivel de lo ínfimo, la presencia de lo irremplazable. El que no lo consigue, reducirá el espectáculo del devenir a una serie de equivalencias y de simulacros, a un juego de apariencias sobre un fondo de identidad. Se cree clarividente y lo es sin duda, pero la clarividencia que le sorprende, a fuerza de hacerlo oscilar entre lo fútil y lo fúnebre, acaba por sumirlo en rumbas infructuosas, en el abuso del sarcasmo y la complacencia en la denegación. Desesperando de poder conferir a sus amarguras vagas la densidad del veneno, y, para colmo, cansado de trabajar en la invalidación del Ser, se dirige hacia los que, enrolados en la aventura del elogio, superiores a las tinieblas, exentos de la superstición del no, osan consentir en todo porque para ellos todo cuenta, todo es irremplazablemente único. Justamente el Poema celebrará la unicidad: no la del momento que pasa, surgimiento sin mañana, sino aquélla donde se despliega la excepción eterna de cada cosa. En este tiempo de la celebración, una sola dimensión: el presente —duración ilimitada que incluye las edades, instante a la vez inmemorial y actual. ¿Estamos en este siglo? ¿o en los principios de Grecia o de China? Nada tan ilegítimo como abordar con escrúpulos cronológicos una obra y un autor que, por suerte, están exentos. Al igual que el Poema. Perse es un contemporáneo... intemporal.

«Yo estaré ahí, entre los primeros, para la irrupción del nuevo dios.» En cuanto a noso-

tros, sentimos que ya ha asistido al advenimiento y a la desaparición de los antiguos dioses, y que, si descuenta a otros, no es de ninguna manera en tanto profeta, sino como espíritu que recuerda, y en el que reminiscencia y presentimiento, lejos de seguir direcciones opuestas, se juntan y se confunden. Más cerca del oráculo que del dogma (un iniciado por el soplo y la talla, por lo que se podría llamar su *lado Delfos*), no condesciende sin embargo a ningún culto: ¿cómo rebajarse hasta el dios de los otros y compartirlo con ellos? Por lo mismo que idolatra las palabras, que convierte su ficción en esencia, el poeta se forja una mitología privada, un Olimpo propio que puebla y despuebla a su gusto, privilegio que obtiene del lenguaje cuya función particular y última es la de engendrar y destruir dioses.

Así como no se inserta en una época, el Extranjero del Poema no se arraiga en un país. Tiene el aspecto de recorrer quién sabe qué imperio presa de una fiesta inagotable. Los humanos que ahí encuentra y sus costumbres lo retienen sin duda, pero menos que los elementos. Hasta en los libros buscará el viento y el «pensamiento del viento», y, más que el viento, el mar, investido de los atributos y de las ventajas de las que goza de ordinario la divinidad: «unidad recuperada», «claridad hecha sustancia para nosotros», «el Ser sorprendido en su esencia», «instancia luminosa»... En su productividad infinita (¿acaso no evoca en muchos aspectos la noche románti-

ca?), el mar será absoluto expuesto, maravilla insondable y no obstante visible, descubrimiento de una apariencia sin fondo. El Poema tendrá como misión imitar su ondulación y su brillo, sugerir como él la perfección de lo inacabado, ser o parecer también una eternidad remolinante, coexistencia de lo cumplido y de lo posible al interior de un devenir sin sucesión, de una duración que recae interminablemente sobre sí misma.

Ni histórica ni trágica, la visión de Perse, emancipada tanto del terror como de la nostalgia, participa del estremecimiento, del temblor tónico de un espíritu que ha «fundado sobre el abismo», en lugar de dejarse caer en él y de cultivar sus angustias. Ninguna preferencia por el pánico, sino el éxtasis que triunfa sobre la vacuidad, la sensualidad sobre el terror. De su universo (donde la carne adquiere un estatuto metafísico), el mal está desterrado, así como, por otra parte, el bien, porque ahí la existencia encuentra su justificación en sí misma. ¿La encuentra verdaderamente? Cuando el poeta lo duda, y cuando del ser, como del mar, sabe que no puede tocar el fondo, entonces se vuelve hacia el lenguaje con la intención de estudiar sus «grandes erosiones», de explorar sus profundidades, las «viejas capas». Terminada la inmersión, resurge para proferir, según el ejemplo de las olas, «una única y larga frase sin censura ininteligible para siempre».

Una obra está condenada sin remedio si

un sentido unívoco se adhiere a ella; desprovista de ese halo de indeterminación y de ambigüedad que halaga y multiplica a los glosadores, se hunde en las miserias de la claridad, y, al no despistar, sufre el deshonor reservado a las evidencias. Si la obra quiere evitarse la humillación de estar comprometida, debe, al dosificar lo irrecusable y lo oscuro, al cuidar lo equívoco, suscitar interpretaciones divergentes y fervores perplejos, indicios de vitalidad, garantías de duración. Está perdida en cuanto permite al comentador saber a qué nivel de lo real se sitúa y de qué mundo es el reflejo. El autor, no menos que la obra, tiene que disimular su identidad, entregar todo salvo lo esencial, perseverar en su hechizo y su soledad, soberano infeudado a sus palabras, su esclavo deslumbrado. Hasta un Perse, tan visiblemente dueño de las suyas, nos da la impresión de padecer su despotismo, y que, fascinado por ellas, las asimila a los elementos, incluso al elemento mismo de cuyas órdenes y caprichos no sabría escapar. Otra impresión opuesta viene a corregir esta primera, e igualmente legítima: mientras más lo leemos, más discernimos en él la dimensión de un legislador impaciente por codificar lo vago y lo impalpable, por traer las palabras al orden... por desviarlas de su anarquía o sacarlas de su torpeza y enviarlas en nuestra ayuda cargadas de verdades saludables y vivificantes. Al contrario de un Valéry o de un Eliot (*Miércoles de Ceniza* es el antípoda exacto del mundo de

Perse), se cuidará de insistir en la «pureza del No-Ser» o en la «débil gloria de la hora positiva», y cuando evoque la muerte, será para denunciar el «énfasis inmenso» y no para explotar su magia. Poeta por connivencia, por afinidad con los seres y las cosas, no lamenta ni condena esa ruptura original que los arrastró fuera de la unidad en una procesión de ninguna manera funesta, según él, sino por el contrario bendita, puesto que provocó ese desfile de lo múltiple, de lo patente y de lo extraño, del que llevará a cabo la exhaustiva relación. Todo lo que vemos merece ser visto, todo lo que existe es incurablemente existente, parece decirnos mientras que, en el trance, en el vértigo de la plenitud, en un apetito orgiástico de realidad, se ocupa en colmar y en darle consistencia al vacío, sin infringirle esa carga de la opacidad y de la gravitación que aflige a la materia.

Hay poetas a quienes pedimos que nos ayuden a caer, a apoyar nuestras risas burlonas y a agravar nuestros vicios o nuestros estupores. Son irresistibles, son maravillosamente debilitantes... Hay otros, más difíciles de abordar porque no van en el mismo sentido de nuestras asperezas y de nuestras obsesiones. Mediadores en el conflicto que nos opone al mundo, nos invitan a la aceptación, al esfuerzo sobre uno mismo. Cuando estamos cansados de nosotros mismos y, aún más, de nuestros gritos, cuando esa manía, eminentemente moderna, de protestar y de reivindicar, adquiere a nues-

tros ojos la gravedad de un pecado, qué reconfortante es encontrar un espíritu que no cae jamás en ello, que retrocede ante la vulgaridad de la rebeldía como hombre de la antigüedad, de la antigüedad heroica y de los últimos tiempos de la antigüedad, pariente de un Píndaro y del Marco Aurelio de la exclamación : «Todo lo que me traen las horas es para mí un fruto sabroso, oh Naturaleza.» —Hay en Perse una nota de sabiduría lírica, una soberbia letanía del consentimiento, una apoteosis de la necesidad y de la expresión, del destino y del verbo, al igual que, sin el menor acento cristiano, un lado visionario. «Y la estrella apátrida camina en las alturas del siglo verde» —no podría leerse ahí algún versículo de una variante *serena* del Apocalipsis? Si el universo llegara a desaparecer, nada estaría perdido puesto que el lenguaje ocuparía su lugar. Con una sola palabra, una simple palabra que sobreviviera al engullimiento general, desafiaría por sí misma a la nada. Esta nos parece ser la conclusión que el Poema implica y exige.



El fin de la historia está inscrito en sus comienzos —la historia, el hombre presa del tiempo, llevando los estigmas que definen, a la vez, al tiempo y al hombre.

Desequilibrio ininterrumpido, ser que no cesa de dislocarse, el tiempo es en sí un drama en el que la historia constituye el episodio más sobresaliente. ¿Y qué es en el fondo la historia si no un desequilibrio, una rápida, una intensa dislocación del tiempo mismo, una prisa hacia un porvenir donde ya nada ocurre?

Así como los teólogos hablan, y con justa razón, de nuestra época como de una época post-cristiana, así se hablará un día de las ventajas y desventajas de vivir en plena post-historia. Uno querría, a pesar de todo, conocer este éxito crepuscular donde se escapará a la sucesión de generaciones y al desfile de mañanas, y donde, sobre la ruina del tiempo histórico, la existencia, finalmente idéntica a sí misma, habrá vuelto a ser lo que era antes de convertirse en historia. El tiempo histórico es un tiempo tan tenso que es difícil no ver cómo podría no estallar. En cada uno de sus instantes da la impresión de estar a punto de romperse. Puede que el accidente sobrevenga menos rápido de lo que se espera, pero que

da excluido el que no vaya a suceder. Y será de inmediato, después de que se haya producido, cuando los beneficiarios, los gozadores, de la post-historia sepan de qué estaba hecha la historia. «De ahora en adelante no más acontecimientos», exclamarán. Un capítulo, el más curioso del desarrollo cósmico, quedará así cerrado.

Es claro que una exclamación semejante sólo puede concebirse en un desastre imperfecto. Un éxito completo traería consigo una simplificación radical, de hecho, la supresión del *porvenir*. Raras son las catástrofes sin falla: ello debería tranquilizar a los impacientes, a los febriles, a los aficionados de grandes ocasiones, sobre todo que, para el caso, la resignación es de rigor. No todo el mundo pudo observar de cerca el Diluvio. Es de suponer el humor de los que, habiéndolo presentido, no duraron lo bastante para presenciarlo y vivirlo.

Para frenar la reproducción de un animal tarado, la urgencia de calamidades artificiales que reemplazarían ventajosamente a las naturales se hace sentir cada vez más y seduce, de diversas maneras, a todo el mundo. El Fin gana terreno. No es posible salir a la calle, mirar las jetas, intercambiar algunas frases, escuchar cualquier estruendo, sin decirse que la hora está cerca, aunque vaya a sonar hasta dentro de un siglo o diez. Una atmósfera de desenlace realza el mínimo gesto, el espectáculo más banal, el incidente más estúpido, y hay que

estar en rebelión contra lo Inevitable para no darse cuenta.

Mientras que la historia sigue un curso más o menos normal, todo acontecimiento aparece como un capricho, como una indiscreción del devenir; apenas cambia de cadencia, y el mínimo pretexto adquiere la magnitud de un signo. Todo lo que entonces ocurre equivale a un síntoma, a una advertencia, a la inminencia de una conclusión. En las épocas indiferentes (lo que equivaldría a decir en el absoluto), el acontecimiento, expresión de un presente que se repite, que se multiplica, trae consigo una significación que no parece desarrollarse en el tiempo; por el contrario, en los períodos en que el devenir es síntoma de renovación funesta, no hay nada que no evoque una marcha hacia lo insólito, una visión cercana a la del Samyuta-Nikaya: «El mundo entero está en llamas, el mundo entero está envuelto en nubes de humo, el mundo entero está devorado por el fuego, el mundo entero tiembla.» —Mara, monstruo sardónico, tiene entre sus dientes y sus garras la rueda del nacimiento y de la muerte, y su mirada, en esa representación tibetana, traduce bien esa codicia, esa búsqueda del mal inconsciente en la naturaleza, formulada a medias en el hombre, explosiva en los dioses —búsqueda imposible de satisfacer cuya manifestación, pernicioso por excelencia, es para nosotros esa fila interminable de sucesos con las idolatrías inherentes. Sólo la pesadilla de la historia nos deja

adivinar la pesadilla de la transmigración. Con una reserva no obstante. Para el budista la peregrinación de existencia en existencia es un terror del que quiere liberarse, y trata de conseguirlo con todas sus fuerzas, sinceramente asustado ante la calamidad de renacer y de volver a morir, que ni por un instante pensaría saborear en secreto. Ninguna connivencia en él con la desgracia, con los peligros que le acechan desde fuera y, sobre todo, desde dentro.

Nosotros, en cambio, pactamos con lo que nos amenaza, cuidamos nuestros anatemas, estamos ávidos de lo que nos pulveriza, no renunciaríamos por nada a nuestra propia pesadilla, que se ha visto investida de tantas mayúsculas como ilusiones hemos conocido. Esas ilusiones se han desacreditado al igual que las mayúsculas (¿quién tendría ahora la impudicia o la ingenuidad de escribir «progreso» con una gran P?), pero la pesadilla permanece, decapitada y desnuda, y seguimos amándola precisamente porque es nuestra y porque no vemos con qué reemplazarla. Es como si un aspirante al nirvana, cansado de perseguirlo en vano, se apartara de él para revolcarse, para hundirse en el samsara, cómplice de su decadencia, más o menos como lo somos de la nuestra.

El hombre hace la historia; a su vez, la historia lo deshace. Es el autor y el objeto, el agente y la víctima. Hasta ahora creyó dominarla, hoy ya sabe que se la escapa, que flore-

ce en lo insoluble y lo intolerable: una época demente cuyo término no implica ninguna idea de finalidad. ¿Cómo asignarle un objetivo? Y si tuviera uno, no lo alcanzaría sino una vez llegada a su término. Sólo le sacarían ventaja los últimos vástagos, los sobrevivientes, los *restos*, sólo ellos estarían satisfechos y aprovecharían el número incalculable de esfuerzos y de tormentos que habrá conocido el pasado. Visión demasiado grotesca e injusta. Si se pretende a cualquier precio que la historia tenga un sentido, que se le busque en la maldición que pesa sobre ella, y en ninguna parte más. El mismo individuo aislado sólo sabría poseer un sentido en la medida en que participe de esa maldición. Un genio malhechor preside los destinos de la historia. Visiblemente ella no tiene un objetivo, pero está cargada de una fatalidad que ocupa el lugar de ese fin, y que le confiere al devenir un simulacro de necesidad. Solamente esta fatalidad permite hablar, sin caer en el ridículo, de una lógica de la historia —e incluso de una providencia, providencia especial, es cierto, más que sospechosa, cuyos designios son menos impenetrables que los de la otra de reputación benéfica, pues hace que las civilizaciones, cuya marcha rige, se aparten siempre de su dirección original para alcanzar el lado opuesto, para desplomarse con una obstinación y un método que traiciona bien los manejos de una potencia tenebrosa e irónica.

Algunos piensan que la historia apenas está

en sus principios olvidando que se trata de un fenómeno excepcional, necesariamente efímero, un lujo, un intermedio, un extravío... Al suscitar la historia, al invertir en ella su propia sustancia, el hombre se ha desgastado, adelgazado, debilitado. Mientras se encontraba cercano a sus orígenes, aunque evadido de ellos, pudo durar sin peligro, pero cuando se alejó y se dedicó a huir, entró en una carrera necesariamente breve: algunos pobres milenios... La historia, su obra, al hacerse independiente del hombre, lo desgasta y lo devora, y no dejará de aplastarlo. Y sucumbirá con ella, derumbe último, justo castigo a tanta usurpación y locura, surgidas de la tentación del titanismo. La empresa de Prometeo está comprometida para siempre. Después de violar todas las leyes escritas —únicas que cuentan—, y de traspasar las fronteras que se le tenían asignadas, el hombre se ha levantado demasiado alto como para no suscitar la envidia de los dioses quienes, decididos a golpearlo, lo aguardan ahora en un recodo. La consumación del proceso histórico es, en adelante, inexorable, sin que se pueda decir si será lerdada o fulgurante. Todo indica que la humanidad descende la pendiente, a pesar de sus logros, o precisamente a causa de ellos. Si, hasta cierto punto, es fácil marcar el momento de apogeo de una civilización aislada, no ocurre igual con el proceso histórico en su conjunto. ¿Cuál fue la cúspide?, ¿dónde situarla?, ¿en los primeros siglos de Grecia, de India, de

China?, ¿cuándo en Occidente? Imposible decidir sin proponer preferencias demasiado personales. En todo caso, es manifiesto que el hombre ya dio lo mejor de sí mismo, y que, incluso si asistiéramos al nacimiento de otras civilizaciones, éstas no tendrán el mismo valor que las antiguas, ni siquiera que las modernas, sin contar con que no podrán escapar al contagio del fin, convertido para todos en una forma de obligación y de programa. Desde la prehistoria hasta nuestros días, y desde nosotros hasta la post-historia, tal es el camino hacia un gigantesco fiasco, preparado y anunciado por todas las épocas, las de apogeo inclusive. Hasta los utopistas asimilan el futuro a un fracaso puesto que inventan un reino que, justamente, debe escapar al devenir: su visión es la de *otro* tiempo dentro del tiempo... algo así como un fracaso inagotable, no contaminado por la temporalidad y superior a ella. Pero la historia, cuyo patrón es Ahri-man, pisotea esas divagaciones y se niega a encarar la posibilidad de un paraíso, incluso fracasado —lo que le quita a las utopías su objeto y su razón de ser. Es revelador que tropecemos con esta noción de paraíso en cuanto queremos asir la historia en su naturaleza propia. Y es que no se puede aprehender su originalidad sin ir hasta su antípoda, ya que la historia aparece como una negación gradual, como un alejamiento progresivo de un estado primero, de un milagro inicial, convencional y fascinante a la vez: *kitsch* a base de nostalgia...

Cuando esta progresión hacia el fin llegue a su término, la historia habrá alcanzado su «objetivo», pues ya no conservará en ella nada que pueda recordar su punto de partida, el cual importa poco que sea o no una fábula. El paraíso, concebible, pues no queda otro remedio, en el pasado, no lo es en el futuro: sin embargo, el hecho de que haya sido situado *antes* de la historia proyecta sobre él claridades devastadoras que hacen que uno piense si no hubiera sido mejor que se quedara en estado de amenaza, de pura virtualidad.

Es menos urgente sondear «el porvenir», objeto de espanto, que el *fin*, lo que vendrá después... «el porvenir», cuando el tiempo histórico, coextensivo a la empresa humana, haya cesado, cesará también la procesión de las naciones y de los imperios. Aliviado del peso de la historia, el hombre, en el colmo del cansancio, una vez que haya renunciado a su singularidad, ya no dispondrá más que de una conciencia vacía sin nada que pueda llenarla: un troglodita desengañado, un troglodita que está de vuelta de todo. ¿Restablecerá los lazos con sus antiguos ancestros?, ¿se presentará la post-historia como una versión agravada de la prehistoria? y ¿cómo fijar la fisonomía de ese sobreviviente que el cataclismo habrá aproximado a las cavernas? ¿Qué hará frente a esos dos extremos, frente a ese intervalo que los separa y donde fue elaborada una herencia que rechaza? Liberado de todos los valores, de todas las ficciones que estuvieron en boga

durante ese lapso, no podrá ni querrá, en su decrepitud lúcida, inventar nuevas. Y así es como terminará el juego que hasta entonces regulara la sucesión de las civilizaciones.

Después de tantas conquistas y hazañas de todo tipo, el hombre empieza a estar fuera de moda. Sólo merece interés en la medida en que se encuentra perseguido y acorralado, en que se hunde más y más. Si prosigue es porque no tiene fuerzas para capitular, para suspender su deserción *hacia adelante* (que eso es la historia y nada más), porque ha adquirido un automatismo en la caída. Nunca se sabrá qué es exactamente lo que se ha roto en el hombre, pero la grieta está ahí. Se podría alegar que ahí estaba desde el principio. Sin duda, pero apenas esbozada, y el hombre, aún vigoroso, se las arreglaba con ella, grieta que todavía no era esta hendidura abismal resultado de un largo trabajo de autodestrucción, especialidad de un animal subversivo que, habiendo durante tanto tiempo socavado todo, debía terminar por socavarse a sí mismo. Subversión de sus fundamentos (que es a lo que conduce cualquier género de *análisis*, psicológico u otro), de su «yo», de su estado de sujeto que enmascara tras sus rebeliones los golpes que dirige contra sí mismo. Lo cierto es que el hombre se encuentra atacado en sus profundidades, que está podrido hasta la raíz. Por otro lado, no se siente verdaderamente hombre sino cuando toma conciencia de esa podredumbre esencial, encubierta en parte hasta ahora, pero cada vez

más perceptible desde que ha explorado y hecho saltar sus propios secretos. A fuerza de hacerse transparente a sí mismo, no podrá emprender nada más, «crear» nada más: agotamiento por falta de ceguera, por exterminio de la ingenuidad. ¿Dónde encontrará suficiente energía para perseverar en una obra que exige un mínimo de frescura y de obnubilación? Si a veces llega a equivocarse respecto a sí mismo, ya no lo hace más en relación a la aventura humana. ¡Qué inepticia sostener que apenas comienza! En realidad el hombre, despojo casi sobrenatural, va hacia una condición límite: un sabio roído por la sabiduría... Está podrido, gangrenado, y todos lo estamos. Avanzamos en masa hacia una confusión sin par, nos levantamos unos contra otros como micos convulsivos, como fantoches alucinados, pues, ya que todo se ha vuelto imposible e irrespirable para todos, nadie querrá vivir si no es para liquidarse y liquidar. El único frenesí del que aún somos capaces es el frenesí del final. Después, vendrá una forma suprema de estancamiento cuando, los papeles representados, la escena abandonada, podamos machacar el epílogo a nuestras anchas.

Lo que disgusta de la historia es pensar que, según un dicho, lo que hoy se vé pasará a la historia un día... No se debería hacer ningún caso de lo que ocurre, de lo que sucede, y es dar prueba de una cierta perturbación no poder lograrlo. Y si se arma uno de desprecio, ¿cómo amar lo que sea? El verdadero historia-

dor, desollado vivo, sufre y se esfuerza en sufrir, y es por ello que se encuentra tan presente en sus relatos o fórmulas. Lejos de mirar desde lo alto los horrores que describió, Tácito se regodeó en ellos y, acusador fascinado, los ensalzó a su antojo. Ávido de anomalía, se aburre en cuanto disminuyen la injusticia y el crimen. Conocía, como Saint-Simon más tarde, la voluptuosidad de la indignación, los goces del furor. Hume lo consideraba el espíritu más profundo de la Antigüedad —digamos el más vivo, el más cercano a nosotros también por la calidad de su masoquismo, vicio o don indispensable al que se inclina sobre las miserias humanas, ya sea que se trate de un acontecimiento nimio o del Juicio Final.

Que se examine con cuidado el menor suceso: en el mejor de los casos los elementos positivos y negativos se equilibran; de ordinario son los negativos los que predominan. Es como decir que más valdría que no hubiese ocurrido. Hubiéramos estado dispensados de tomar parte y de soportarlo. ¿De qué sirve *agregar* lo que sea a lo que es o parece ser? La historia, odisea inútil, no tiene excusa, y a veces uno está tentado de incriminar también al arte, por muy imperiosa que sea la necesidad de donde emana. Producir es accesorio; lo que importa es sumergirse en las propias profundidades, ser uno mismo de una manera total sin rebajarse a ninguna forma de expresión. La construcción de catedrales viene del mismo error que el de librar grandes batallas.

Más valía tratar de vivir en profundidad que atravesar los siglos en busca de una quiebra.

Decididamente no hay salvación para la historia. No es sino la apoteosis de las apariencias y de ninguna manera nuestra dimensión fundamental. ¿Podrá acaso suceder que, una vez abolida nuestra carrera exterior, volvemos a encontrar nuestra propia naturaleza? El hombre post-histórico, ser enteramente vacante, ¿estará apto para alcanzar en sí mismo lo intemporal, es decir todo lo que la historia ha sofocado en nosotros? Sólo cuentan los instantes que ella no ha contaminado. Los únicos seres aptos para entenderse, para comunicarse verdaderamente, son los que se abren a ese género de instantes. Las épocas roídas por la interrogación metafísica permanecen como los momentos culminantes, las verdaderas cimas del pasado. A lo que no puede ser aprehendido sólo se acercan las proezas interiores, sólo ellas acceden, aunque sea por un segundo, segundo más pesado que todo lo demás, que el tiempo inclusive.

«Fue en Roma, el 15 de octubre de 1764, cuando, meditando entre las ruinas del Capitolio, mientras unos monjes descalzos cantaban vísperas en el templo de Júpiter, me sentí asaltado por primera vez por la idea de escribir la historia de la decadencia y de la caída de esta ciudad.»

Los imperios se acaban tanto por desagregación como por catástrofe, o por la conjunción de ambas. La misma elección se le ofrece

a la humanidad en general. Representémonos un futuro Gibbon meditando sobre lo que fue la humanidad, suponiendo que quede algún historiador que esté al cabo, no de un ciclo, sino de todos. ¿Cómo se las arreglaría para describir nuestros excesos, nuestras disponibilidades demoníacas, fuente de nuestro dinamismo, si sólo estará rodeado de seres entregados a una santa inercia, al término de un proceso de deterioración sin nombre, liberados para siempre de la manía de afirmarse, de dejar huellas, de marcar su paso aquí abajo? ¿Podrá comprender nuestra incapacidad de elaborar una visión estática del mundo y de conformarnos a ella, de emanciparnos de la idea y de la obsesión del acto? Lo que nos pierde, no, lo que nos ha perdido, es la sed de un destino, de cualquier destino; y esta deficiencia, clave del devenir histórico, si nos ha arruinado y reducido a nada, nos habrá salvado, a la vez, al darnos el gusto por el derrumbamiento, el deseo de un suceso que sobrepase todos los sucesos, de un miedo que sobrepase todos los miedos. Reflexionando despacio, la catástrofe es la única solución, y la post-historia, en la hipótesis de que pueda sucederse una, la única salida, la única oportunidad. Así las cosas, es legítimo preguntarse si la humanidad, tal como está, no tendría interés en borrarse ahora antes de extenuarse y de embrutecerse en la espera exponiéndose a una era de agonía en la que se arriesgaría a perder toda ambición, incluso la de desaparecer.



«Si se le pudiera enseñar geografía a una paloma mensajera, su vuelo inconsciente, que va derecho a su objetivo, se tornaría imposible.» (Carl-Gustav Carus.)

El escritor que cambia de lengua se encuentra en la situación de esa paloma consciente y desamparada.

\* \* \*

Es un error querer facilitarle la tarea al lector. No lo agradecerá. El lector no quiere comprender, prefiere entraparse, hundirse, ser *castigado*. De ahí el prestigio de los autores confusos, de ahí la perennidad del fárrago.

\* \* \*

Sólo las obras inconclusas, por inacabables, nos incitan a divagar sobre la esencia del arte.

\* \* \*

Lo que no puede traducirse en términos de mística, no merece la pena ser vivido.

\* \* \*

Parecerse a esa Unidad primordial de la cual el Rigveda dice que «respiraba por sí misma sin aliento».

\* \* \*

Felices aquellos que, nacidos antes de la Ciencia, tenían el privilegio de morir en su primera enfermedad.

\* \* \*

París se despierta. En esta mañana de noviembre aún es de noche; por la avenida del Observatorio un pájaro, uno solo, inicia su canto. Me detengo y escucho. De pronto, unos gruñidos. Imposible saber de dónde vienen. Finalmente distingo un par de vagabundos dormidos bajo una camioneta: uno de ellos tendrá pesadillas. El encanto está roto. Salgo huyendo. Plaza San Sulpicio, en la fuente me topo con una vieja medio desnuda... Pego un grito de horror y me precipito dentro de la iglesia donde un sacerdote jorobado, de maligno mirar, le explica a una decena de desheredados de todas las edades que el fin del mundo es inminente y el castigo espantoso.

\* \* \*

Mis fatigas, mis trastornos, mi interés forzado por la fisiología, me han llevado desde muy temprano hacia el desprecio de cualquier

especulación en tanto tal. Y si, durante años, no he hecho ningún progreso en nada, por lo menos habré aprendido a fondo lo que es un *cuerpo*.

\* \* \*

La amistad es incompatible con la verdad; así, sólo es fecundo el diálogo con nuestros enemigos.

\* \* \*

Aquel que es lo suficientemente insensato como para embarcarse en una obra, de la naturaleza que sea, no tolera, en el fondo de sí mismo, ninguna restricción a lo que hace. Sus dudas propias lo minan ya suficientemente como para que pueda, además, enfrentar las que inspira a los otros.

\* \* \*

Existir es un plagio.

\* \* \*

No quisiera vivir en un mundo vacío de todo sentimiento religioso. Y no pienso en la fe, sino en esa vibración interior que, independientemente de cualquier tipo de creencia, os proyecta en Dios, y algunas veces *por encima*.

\* \* \*

Es erróneo pretender que el hombre no puede vivir sin dioses. Primero crea simulacros; después, soporta todo y se habitúa a todo. No es lo suficientemente noble como para perecer por decepción.

\* \* \*

No tengo la impresión de ser eficaz, de estar a tono, de hacer algo positivo, en suma, sino cuando me recuesto para entregarme a una interrogación sin fin y sin objeto.

\* \* \*

En un semanario inglés, en una diatriba contra Marco Aurelio, el autor lo acusa de hipocresía, de filisteísmo, de pose. Furioso, estaba a punto de responderle cuando, pensando en el emperador, me retuve de inmediato. Era justo que no me indignase en nombre del que me enseñó a no indignarme jamás.

\* \* \*

Cualquier concesión va acompañada de una disminución interior de la que no somos conscientes de inmediato.

\* \* \*

A ese amigo que me dice que se aburre porque no puede trabajar, le contesto que el tedio es un estado superior, y que se le degrada al relacionarlo con la idea de trabajo.

\* \* \*

La investigación de Edipo, la búsqueda sin miramientos, sin escrúpulos de verdad, el encarnizamiento en la propia ruina, recuerdan el desarrollo y el mecanismo del Conocimiento, actividad eminentemente incompatible con el instinto de conservación. Meister Eckhart. ¿De qué me serviría tener la fe, si lo comprendo tan bien como si la poseyera?

\* \* \*

Un personaje de la Antigüedad decía que Epicuro tenía la «dulzura de las sirenas».

Sería tiempo perdido buscar el sistema moderno que pudiera merecer un elogio similar.

\* \* \*

Es mi defecto de dicción, mis balbuceos, mi manera entrecortada de hablar, mi *arte* de farfullar, mi voz, mis erres del otro extremo de Europa, lo que me ha llevado, por reacción, a ser cuidadoso con lo que escribo y a hacerme más o menos digno de un idioma al que maltrato cada vez que abro la boca.

\* \* \*

Si el relato de la Caída es tan impresionante, es porque el autor no describe en él ni entidades ni símbolos: *ve* a un Dios que se pasea tranquilamente en un jardín, un Dios rural, como lo calificó acertadamente un exégeta.

\* \* \*

«Cada vez que pienso en la crucifixión de Cristo, cometo el pecado de envidia.»

Si aprecio tanto a Simone Weil, es a causa de los despropósitos que la hacen rivalizar en orgullo con los más grandes santos.

\* \* \*

La esterilidad nos vuelve lúcidos e implacables. En cuanto dejamos de producir, todo lo que los otros hacen nos parece sin inspiración y sin sustancia. Juicio sin duda verdadero. Pero habría que llevarlo más lejos aún, cuando uno producía, cuando precisamente hacíamos como los demás.

\* \* \*

La verdadera elegancia moral consiste en el arte de disfrazar las victorias en derrotas.

\* \* \*

Estar *persuadido* de lo que sea es un estado insólito, casi sobrenatural.

\* \* \*

Sólo tienen alcance, sólo son contagiosas las palabras que brotan de la iluminación o del frenesí, dos estados en los que uno se encuentra *irreconocible*.

\* \* \*

Nada nos vuelve modestos, ni siquiera el espectáculo de un cadáver.

\* \* \*

Imposible acceder a la verdad a través de opiniones, pues toda opinión no es más que un punto de vista *loco* sobre la realidad.

\* \* \*

Según una leyenda hindú, Shiva, en un momento dado, se pondrá a danzar, primero lentamente, después cada vez más y más rápido, y no se detendrá hasta haberle impuesto al mundo una cadencia desenfrenada, opuesta del todo a la de la Creación.

Esta leyenda no trae consigo ningún comentario, pero ya la historia se ha encargado de ilustrar su acertado fundamento.

\* \* \*

Mientras le preparaban la cicuta, Sócrates aprendía un aire de flauta. «¿Para qué te servirá?», le preguntaron. «Para saber esta tonada antes de morir.»

Si me atrevo a recordar esta respuesta trivializada por los manuales, es porque me parece la única justificación seria de cualquier voluntad de conocimiento, ya sea que se manifieste al borde mismo de la muerte o de cualquier otro momento.

\* \* \*

Según Orígenes, sólo las almas llevadas al mal, «das que tienen sus alas rotas», revisten un cuerpo.

En otros términos: sin un funesto apetito no hay ni encarnación ni historia. Esta temible evidencia se vuelve soportable en cuanto se ve envuelta en un mínimo de teología.

\* \* \*

*Eternidad*: me pregunto cómo, sin perder la razón, he podido articular tantas veces esa palabra.

\* \* \*

Desprendimiento, serenidad —palabras va-

gas y casi vacías salvo en esos momentos en que hubiésemos respondido con una sonrisa si nos hubieran anunciado que sólo nos quedaban unos minutos de vida.

\* \* \*

¡Qué lástima que la «nada» haya sido devaluada por el abuso que tantos filósofos indignos han hecho de ella!

\* \* \*

Sólo podemos estar contentos de nosotros mismos cuando recordamos aquellos instantes en que, según los japoneses, hemos percibido el ¡ah! de las cosas.

\* \* \*

La ilusión engendra y sostiene al mundo; no se la destruye sin destruirlo al mismo tiempo. Y eso es lo que hago día con día. Operación aparentemente ineficaz, puesto que debo recomenzarla a la mañana siguiente.

\* \* \*

El tiempo está roído por dentro, exactamente como un organismo, como todo lo que es afectado por la vida. Quien dice tiempo dice lesión, ¡y qué lesión!

\* \* \*

Comprendí que había envejecido cuando empecé a sentir que la palabra Destrucción perdía su poder, que ya no me proporcionaba ese estremecimiento de triunfo y de plenitud cercano a la plegaria, a una plegaria agresiva...

\* \* \*

Apenas había yo salido de una serie de reflexiones más bien lúgubres, cuando me sentí arrebatado por ese amor mórbido hacia la vida; amor que es castigo o recompensa únicamente de aquellos que están abocados a la negación.

\* \* \*

Un libro debe remover heridas, provocarlas, incluso. Un libro debe ser un peligro.

I

El espíritu que se orienta hacia la desnudez rechaza las semejanzas que le recuerdan este mundo del que quiere separarse. Sólo siente exasperación ante lo que existe o parece existir. Mientras más se aleje de las apariencias, menos necesitará de signos que las realcen o de simulacros que las denuncien, unos y otros igualmente funestos para la búsqueda de lo importante, de lo que se oculta, de ese fondo último que exige, para ser aprehendido, la ruina de toda imagen, espiritual inclusive.

II

Privilegio maldito del hombre exterior, la imagen, por más pura que sea, conserva una pizca de materialidad, apenas una rugosidad, y, puesto que remite necesariamente al mundo, lleva consigo un elemento de incertidumbre y de perturbación. Sólo mediante una victoria sobre ella podremos encaminarnos hacia el ser desnudo, hacia esa seguridad sin amarras que lleva por nombre liberación. Liberarse en verdad significa despojar la imagen, desprenderse de todos los símbolos del *aquí abajo*.

### III

Nos liberamos de la imagen si, en un movimiento semejante, nos liberamos de la palabra. Todo vocablo equivale a una mancha, todo vocablo es un atentado a la pureza. «Ninguna palabra puede esperar otra cosa fuera de su propia derrota», proclama Gregorio Palamas en su *Defensa de los santos quietistas*. Sólo merced al silencio se accede a ese fondo de más allá de las apariencias, ese silencio del que Séraphin Sarov dice hacía al hombre semejante a los ángeles.

Algo digno de tomarse en cuenta: no hay silencio frívolo, silencio superficial. Todo silencio es esencial. Cuando se le saborea, se conoce automáticamente una forma de supremacía, una soberanía extraña. Es posible que lo que se designa por *interioridad*, no sea más que una *espera muda*. De la misma manera, no hay «vida verdadera», vida espiritual a secas, que no implique la muerte de la imagen y de la palabra, la destrucción, en lo más íntimo del ser, de este mundo y de todos los mundos. La experiencia mística se confunde, en su límite, con la beatitud de un supremo rechazo.

### IV

Perseguir, buscar la imagen, es demostrar que nos hemos quedado *más acá* del absoluto,

y que no estamos capacitados para la visión pura. Y es comprensible, pues no se trata de una visión sin objeto, sino de una visión que está más allá de todo objeto. Se podría decir incluso que lo que ella nos permite ver es la ausencia sin límites de todo lo que puede ser visto, la desnudez tal cual, la vacancia como plenitud, o, mejor aún, ese «abismo de la superesencia», celebrado por Ruysbroek.

## V

De todos aquellos que buscan, sólo el místico ha *encontrado*, pero, en pago de un favor tan excepcional, jamás podrá decir qué encontró, a pesar de tener la seguridad que únicamente el saber intransmisible confiere (el verdadero saber, en suma). El camino por el cual nos invitará a seguirlo, desemboca en una vacuidad sin precedente, pero —y ahí radica lo maravilloso—, una vacuidad que colma, pues reemplaza a todos los universos abolidos. De lo que aquí se trata es de una empresa, la más radical que se haya intentado, para anclarse en algo más puro que el ser o la ausencia de ser, en algo superior a todo, al absoluto mismo.

## VI

El saber que se nutre en las apariencias, es un falso saber, o, si se prefiere, un no-saber.

Para el místico, el conocimiento, en el sentido último de la palabra, se concreta a una ignorancia iluminada, una ignorancia «transluminosa». «Aquellos que viven en la frecuentación de esta ignorancia y de la luz divina, perciben por sí mismos algo como una soledad devastada», dice Ruysbroek.

Partiendo de esta soledad, se comprenderá fácilmente la necesidad, la urgencia del *desierto*, espacio propicio para la fuga hacia la ausencia de imágenes, hacia un despojo inusitado, hacia la unidad desnuda, más bien hacia la Deidad que hacia Dios. «La Deidad y Dios», afirma Meister Eckhart, «son tan distintos como el cielo y la tierra. El cielo está a miles de leguas más arriba. Así la Deidad en relación a Dios. *Dios deviene y pasa*».

Atenerse todavía a Dios es, según lo anotó un comentarista, permanecer «en el umbral de la eternidad», es no penetrar en ella, pues la eternidad sólo se alcanza elevándonos a la Deidad. Inspirándonos en esa misma «soledad devastada», ¿cómo no evocar esa «oratio ignita», esa «plegaria de fuego» de la cual, según un Padre de los primeros siglos, únicamente somos capaces cuando estamos tan impregnados de una luz de arriba, que ya es imposible emplear el lenguaje humano?

